



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD: FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO: HISTORIA

CIUDAD DE ASOMBRO

**UNA HISTORIA DE LA REINVENCIÓN DEL MUNDO Y DE LOS HOMBRES
DESDE LA NIÑEZ EN EL CONSEJO TUTELAR PARA MENORES DURANTE
LOS AÑOS 1950-1954**

TESIS

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN HISTORIA

PRESENTA

MARÍA VIRGINIA RAMOS JARILLAS

ASESORA

MARÍA DEL PILAR PALETA VÁZQUEZ

Junio 2023

Dedicatoria

A Don Francisco Ramos, mi padre; por las tardes de relatos llenos de aventura, por su memoria fotográfica, por su fuerza y dedicación hacia su familia, por su gran amor hacia sus hijos. Dedico a él este trabajo, ya que su voz trajo al presente una historia de los olvidados, los marginados y que, pese al dolor, al abandono me convidó una parte de su vida: su infancia y adolescencia entrecruzadas en el Consejo Tutelar para Menores. Una infancia arrebatada y reprimida que garantizó forjar en él un carácter fuerte.

A Víctor Conde, por sus enseñanzas, su inquebrantable apoyo y su gran amistad.

Y a mi hijo: Emilio

Dedicatoria

El presente trabajo dedicado a estos pequeños infractores de los años 1950 a 1954 en Puebla, niños olvidados, desprendidos de la sonrisa familiar, desprotegidos y manchados de delincuencia o desobediencia. La historia olvidada de estos pequeños merece revivirse; aún en el pesar de los recuerdos, su luz, apagada con los años, perdida en frialdad de una gaveta de archivo, dejó ráfagas en el vacío de sus espacios, en su ser, brilla nuevamente con una voz, que reza la letanía de la vida allí resucitada. Y aunque los vestigios de su aparición son fríos, escasos, la memoria habla, recrea, despierta, se eterniza. Aún en las tinieblas de una sociedad que niega su existencia

Índice

Dedicatoria

Índice	4
Introducción	5
Expiación , una teoría de la trasgresión y la invención de la narración	19
Significar el mundo , una metodología de la exploración del mundo	26
No nos era ajena la pobreza , un contexto histórico de los olvidados	32
Capítulo I.- Otras voces, otros ámbitos	38
Capítulo II.- Desolación	51
Capítulo III.- Habitar tu nombre	57
Capítulo IV.- Una experiencia electrizante	63
Capítulo V.- La oración el silencio	69
Capítulo VI.- La sangre y el hierro	75
Capítulo VII.- Malos hábitos	80
Capítulo VIII.- Ríanse que es en serio	85
Capítulo IX.- Burro castigado	94
Conclusión	99
Bibliografía	105
Internet	107
Hemerografía	108
Cine	110
Anexos	111

Introducción

¿Cómo es posible que yo
que existo
no haya sido antes
de existir
y que alguna vez yo, que existo
ya no seré quien soy?
Wim Weders
“Las alas del deseo”

El lugar elegido para esta investigación es el Consejo Tutelar para Menores, el momento: 1950 a 1954. Los motivos de la elección son sencillos: un tiempo y lugar extremos: un asilo para jóvenes conflictivos (un infierno por sí), y un periodo de crisis social generalizada, consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, lo cual provocó, que la gente de campo o provincia se trasladará a las grandes ciudades, una explosión de urbanización.

El Consejo Tutelar de Menores desapareció físicamente de su lugar original, llevándose con él, al olvido, sus recuerdos, su memoria: su opresivo ambiente de exilio, aislamiento, encierro, marginalidad; de castigo, su violencia física, mental, espiritual; sus intentos de “corregir” socialmente, de crear seres dóciles, productivos, socialmente aceptables; las estrategias para sobrevivir su infierno (si ello era posible); los juegos, sus reglas, lugares sociales, canciones, vocabulario, sus espacios, usos y costumbres, sus mecanismos de poder, de sobrevivencia, sus relaciones. Y sólo, a través de la narración, podemos invocar ese pasado ya ido, a la vez que nuestro protagonista, puedo exorcizar a sus demonios.

La preocupación con respecto a la vagancia iría en aumento durante los siguientes años; y ya bien entrado el período porfiriano, los niños que

poblaban las calles de México –calificados como sucios, enfermizos y “léperos”– constituyeron el símbolo más recurrente de los vicios y los errores de la sociedad¹.

El Consejo Tutelar para Menores en México, desde 1927², fue el encierro de pequeños, niños infractores, y a su vez, un cobijo, en él, aunque el castigo era latente, la necesidad de sobrevivir, soñar, crear, les dio la oportunidad de hacer de este lugar, su refugio, su hogar, apropiarse de él hasta en los más íntimo, con él y en él, *ser*.

Es una investigación sobre la vida cotidiana, una historia de vida,

No hay una sola fuente para cada tema ni un documento o serie documental que tan solo pueda responder a un único tipo de pregunta. Los restos materiales o documentales no revelan por sí mismos más que curiosidades aisladas. Es necesario, reunir una serie de facetas específicas, pero al mismo tiempo es preciso encontrar sentido.³

El objetivo de este trabajo, durante el recorrido de sus páginas, es rescatar, a través de la historia cultural y la narración: sus vivencias en los 50s; vivencias explosivas, anhelantes, hirientes, en ellas, una profunda reflexión del poder social, moral, sobre el cuerpo; el rescate de la alteridad (una historia personal, íntima, convertida en colectiva, significativa), la infancia, de la memoria, la trasgresión; de las posibilidades narrativas para recrear un mundo, reinventar,

¹ Alcubierre Moya Beatriz, *Historia de las infancias en América Latina*, Tandil. 2018 p.6

² El Tribunal aparece el 8 de octubre de 1926, según el Diario oficial del D. F., pero funciona hasta enero de 1927. En Santiago Antonio Zoila, *El Tribunal para menores infractores en las primeras décadas del siglo XX*, Colegio de historia, FFyL, BUAP, 2016.

³ Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Introducción a la historia de la vida cotidiana* Fuentes para el estudio de la vida cotidiana. México, D.E: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2006. p 49.

de crear una historia de los marginados, una historia más humana; su gran necesidad de reinventarse, recrearse.

La infancia que determina las prácticas de espacio desarrolla en seguida sus efectos, proliferando los espacios privados y públicos, deshace sus superficies legibles y crea en la ciudad planificada una ciudad, *metáfora*, un desplazamiento, *una gran ciudad* construida según las reglas de la agricultura y de pronto sacudida por una fuerza que desafía los cálculos⁴.

El Consejo Tutelar para Menores, aparece aquí, desmitificado, o lo que es lo mismo, descalificado como posibilidad temática en mi investigación, Los personajes son liberados de su definición más elemental y fácil, gracias a ello, podrán existir, respirar, sorprenderse y sorprendernos, volvernos humanos. Es una liberación (humanización) acto de libertad, voluntad, sobrevivencia, posibilidad, reinención, gracias a la narración, el personaje humanizado obliga a una atenta observación, a un rechazo total de cualquier solución o juicio arbitrario o frívolo en el trazo de su devenir histórico, son en su naturaleza una secuencia onírica (el mundo de sus sueños y temores, de los anhelos y proyectos), pero también, una secuencia de la realidad, una realidad histórica, de sentido, posibilidad.

Es un relato con seres humanos, con un pasado, pero en movimiento, devenir; que reñían, lloraban, pero también reían, una historia de sus destinos imposibles, pero también de sus mundos posibles; de sus triunfos y fracasos, sus absurdos y obsesiones, sus adversidades y proyectos, es una historia de los marginados, humano, hecho desde la honestidad y el júbilo, de su propia marginalidad.

⁴ Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano*, II, Habitar, cocinar. Traducción de Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. p. 122

Indudablemente, la historia es más cualitativa, que cuantitativa, la intención de este trabajo es dar cuenta de lo más original, representativo, y significativo, del estar en un Consejo Tutelar para Menores, expresado a través de la cotidianidad, es una aproximación a seres humanos en movimientos, que intenta rescatar la alteridad, la otredad, la individualidad, convidando voz a aquellos que nunca la tuvieron, evitando la trampa del historiador, de sólo ver, desde si mismo.

Esta es una historia de la vida cotidiana, que se nutre de ella, pero a la vez encuentra en ella la posibilidad de la dialógica: oralidad-escritura, la microhistoria y lo macro, el poder y la disidencia.

La historia de la vida cotidiana nos enfrenta con testimonios precedentes al menos de dos campos opuestos: el de aquellos que fueran fieles a las normas y el de otros individuos, igualmente comunes, pero cuyos puntos de vista no siempre coincidieron con los dictados del gobierno o de la moral imperante y cuyas prácticas cotidianas pudieran estar en contradicción con la que ingenuamente aceptaríamos si creyésemos que siempre se cumplían las normas. Por lo tanto, como una primera llamada de atención es recomendable poner en duda la vigencia real de todos los principios aceptados, las leyes promulgadas, a los criterios morales impuestos, aunque obviamente tendremos que partir de ellos; pero partir no de la aceptación sino de la discusión.⁵

Ser una historia de vida cotidiana no le resta científicidad, la metodología es meticulosa y congruente con su marco histórico.

⁵ Gonzalbo Aizpuru, Pilar, 1935- *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México, D.E : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2006. p. 19

La contextualización demuestra que no es esencial el detalle de las vidas de personas concretas sino el conjunto de una mirada más amplia y profunda sobre las situaciones y las relaciones sociales. ⁶

La investigación realizada es elementalmente de historia social, ciertamente aborda a los individuos pues

no sólo importan los grandes acontecimientos sino los sutiles cambios producidos en los tiempos largos, el tipo de preguntas que el historiador se plantea implican la investigación de las relaciones sociales, las actitudes colectivas o las oscilaciones en el nivel de vida, incluyendo movimientos de rebeldía, crisis económicas, cambios en la producción, evolución de las creencias. Ya no se niegan los nexos entre historia y vida cotidiana. En el estudio de lo cotidiano se encuentra un cauce para comprender el pasado de la gente que había estado marginada de la historia, gente que ya no debería identificarse como masas, sino que podría tener su propio rostro y personalidad. La vida cotidiana no está fuera de la historia, sino en el centro del acontecer histórico⁷

Aclaro que, pese a que convidamos voz a *otros*, el trabajo no se aparta de la ciencia ni de su intencionalidad, claro que hay datos sobre lugares, alimentos, juegos, personas, y sus singularidades

Las posibilidades de aprovechamiento dependen del enfoque elegido⁸

⁶ Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Introducción a la historia de la vida cotidiana* Fuentes para el estudio de la vida cotidiana. México, D.E: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2006, p. 49.

⁷ Gonzalbo Aizpuru, Pilar, 1935- *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México, D.E : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2006, p.20

⁸ Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Introducción a la historia de la vida cotidiana* Fuentes para el estudio de la vida cotidiana. México, D.E: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2006. p 52.

La historia narrada también es microhistoria, su naturaleza la condiciona en ese sentido

La historia, cualquier tipo de historia, toma en cuenta las transformaciones producidas en el tiempo y, por contraste, los casos de permanencia y apego a la tradición. No hay duda de que en este terreno la vida privada y la de la familia tienen mucho que aportar. Y si el objeto de esta historia son las costumbres, relacionadas con la moral, no ya en situaciones límite sino en las rutinas cotidianas, y tampoco en personajes extraordinarios sino entre la gente común, interesa saber cuáles han sido los valores que los han impulsado y como esos valores han evolucionado a lo largo del tiempo. El objeto de la historia no es el cambio en sí mismo sino la forma en que se producen los cambios, el tránsito de una situación a otra. Al ocuparnos del cambio de las estructuras sociales se impone la necesidad de conocer a los individuos que viven dentro de esas estructuras, el modo en que ellos se reconocen a sí mismos y aceptan o rechazan la posición que les corresponde dentro del marco institucional⁹.

Es una tarea de historia cultural, si algo nos enseñó Carlo Ginsburg fue la validez de la historia cultural y lo micro, de la anomalía, la tensión entre la cultura dominante y las subalternas

¿Hasta qué punto los eventuales elementos de la cultura hegemónica rastreables en la cultura popular son fruto de una aculturación más o menos deliberada, o de una convergencia más o menos espontánea, y no de una deformación inconsciente de las fuentes, claramente proclives a reducir al silencio lo común y lo corriente?¹⁰

Gonzalbo Aizpuru, Pilar, 1935- *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México, D.E : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2006, p .22

¹⁰ Ginsburg, Carlo. *El queso y los gusanos*. Madrid. Alianza Editorial. 199, p. 35

De igual forma, ser una historia de vida cotidiana no la empobrece o la pone en duda, la enriquece y fortalece.

Valorar los cambios en la forma de residencia doméstica, lo que afecta a las estructuras familiares, la correspondencia entre espacios y formas de convivencia. En unos casos interesan los cambios en la higiene, criterios estéticos y el desarrollo tecnológico; en otros se busca conocer a las personas, su estructura familiar, la proximidad de profesionales o artesanos. Estos y otros asuntos deben utilizar el mismo tipo de fuentes ayudan en la búsqueda de relaciones de prestigio social, bienestar, residencia y nivel de, y factores forjadores de identidad de grupo, culturales, regionales o nacionales.¹¹

Voz que cunde, tiembla, resucita, vuelve y habita, no en el pasado muerto, traslucido en melancolía, sino en el presente vivo, quemante, de arduas jornadas, que apenas dejan parpadear al cuerpo. Toma nuevamente su pose, ríe, es niño, sus lágrimas parten el alma, la desgajan, traslada mis sentidos a los suyos, soy él, y con él, sigo las escasas pistas, te encuentro, me sumerjo y recreo en tus espacios, narración cohabitada con la niñez.

Incursionamos en la infancia, su historia

Preguntas de difícil respuesta se nos presentan al momento de iniciar una reflexión sobre la infancia, sobre todo si consideramos que el siglo que acabamos de dejar ha sido caracterizado como el “siglo de los niños”. En primer lugar: ¿quiénes son ellos?; ¿cómo y por qué se diferencian de los

¹¹ Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Introducción a la historia de la vida cotidiana* Fuentes para el estudio de la vida cotidiana. México, D.E: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2006. p. 54.

adolescentes y los adultos?; ¿desde cuándo han *existido como un grupo* social diferenciado que los define como tales? En segundo lugar, interrogantes sobre sus condiciones de vida: ¿han sido siempre pensados como personas que demandan del cuidado de los adultos?, ¿y como ciudadanos que gozan de derechos?; frente a situaciones límites como la muerte de un niño, ¿han experimentado cambios los sentimientos de los adultos?; las condiciones de exclusión social que afectan la vida infantil, ¿han tenido en el pasado las mismas consecuencias que en el contexto actual?¹²

Exploramos la infancia, sus lugares sociales, la escuela, su cultura, su socialización. La infancia como construcción social.

Hay incluso una narrativa sobre la infancia ya expresada en los cuentos, la oralidad, la cuál es otro de los ejes de nuestra investigación

“El gato con botas”, “La bella durmiente”, “Pulgarcito”, “Barba azul”, “los tres chachitos” y “Hansel y Gretel” eran algunos de los cuentos narrados por los adultos en torno de la campiña francesa y otros lugares de sociabilidad, a través e los cuales representaban aspectos del cotidiano de la vida campesina. Las malas cosechas y las condiciones climáticas desfavorables daban lugar a prolongados periodos de escasez en la comida y consecuentemente, de enfermedades y muertes. El elevado índice de mortalidad determinaba la proliferación de segundas o terceras nupcias, generalmente asociadas a la muerte de los maridos. Las madrastras que maltrataban a sus hijastros, los enfrentamientos entre los hermanos y medios hermanos por la herencia de sus padres y el anhelo por la comida eran por tanto características del escenario rural francés donde los cuentos se transmitían.

¹² Stagno, Leandro *El descubrimiento de la infancia, un proceso que aún continúa*, en Finocchio, Silvia; Romero, Nancy (comp.) *Saberes y prácticas escolares*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones – FLACSO 2011, p. 1

Este contexto puede explicar el lugar concedido en las narraciones a las madrastras lo que hoy se considera descuido de los padres, la escasa alimentación, los premios y los deseos relacionados con comidas. Aunque los destinatarios de los cuentos no eran exclusivamente niños, los adultos que los transmitían no ocultaban las situaciones de estupro, incesto y canibalismo, tal como se hacen evidentes en Caperucita Roja. Ésa fue la tarea llevada a cabo por Perrault y los hermanos Grimm cuando se pusieron en contacto con las versiones narradas por el campesino francés y alemán. El gusto refinado de los círculos lectores parisinos del XVII, así como las exigencias de civilidad y buenas costumbres que debían cumplir los miembros de la nobleza de acuerdo con sus manuales de cortesía se oponían a dichas situaciones. De esta forma, los relatos sobre la infancia (y, posteriormente, para ella) fueron acomodados a las exigencias del nuevo público lector¹³.

Profusos, han sido los medios para castigar a estos seres de conducta ilícita dentro de los pactos sociales. Asesinato, asalto, pobreza, ignorancia, vagancia; encontramos desde el escarnio, al exilio; la tortura o la privación de la libertad, la muerte. Es entonces cuando la imaginación humana se desborda, se inflama, se revuelve, ¡castigar!, grita al culpable de romper el orden social. El condenado huele, y luego en carne propia, palpa, siente el castigo de la sociedad, el poder coronado frente al castigado.

Sólo a través del crimen, las instituciones, justifican moral o políticamente el derecho de castigar más que el delito, el cuerpo del condenado, cuerpo existencial, *ser* del castigado:

Damian fue condenado el 10 de marzo de 1757“a pública retractación ante la puerta principal de la iglesia de París” donde debería “ser llevado y conducido en una carreta, desnudo, en camisa, con una hacha de cera encendida en

¹³ Ibidem. p. 2

dos libras de peso en la mano, después en dicha carreta, a la plaza de Greve y sobre un cadalzo que allí había sido levantado (deberían ser atenaceadas las tetillas, brazos, muslos y pantorrillas y su mano derecha, asida en esta el cuchillo conque cometió dicho parricidio quemado en fuego de azufre y sobre las partes atenaceadas se le verterá plomo derretido, aceite hirviendo, pez, resina ardiente, cera y azufre fundidos juntamente y a continuación, su cuerpo estirado y desmembrado por cuatro caballos y sus miembros y tronco consumidos en el fuego, reducidos a cenizas y sus cenizas arrojadas al viento¹⁴

El suplicio empleado en su tiempo ¿no es acaso igualar al culpable, sobrepasarlo en salvajismo?, “al verdugo se le empareja con el criminal y a los jueces con unos asesinos. El supliciado es objeto de compasión o admiración”¹⁵; aquella ejecución teatral, pública, más que miedo en otro tiempo, reanima la violencia, y la barbarie reina por los siglos de los siglos.

El castigo, se convierte en la parte más oculta, es ahora la certidumbre de ser castigado, más que el cuerpo existencial, el alma del castigado, su *ser*.

La ejecución de la pena tiende a convertirse en un mecanismo administrativo descargado en la justicia. Lo esencial de la pena que los jueces (ejercicio de autoridad religiosa-política o económica) infligen, no sólo consiste en castigar, se trata de “corregir”, “reformular”, “curar”, una técnica de mejoramiento es expiación del mal, y libera a los magistrados de la fea misión de castigar. Ejercicio de ciertos grupos (psiquiatras, abogados, legisladores, docentes, curas) trabajado en escuelas, prisiones, templos, todo con el fin no sólo de castigar sino de regenerar, de volver productiva, conveniente a la gente.

¹⁴ Foucault, Michel, *Vigilar y Castigar Nacimiento de la Prisión*, Traducción: Aurelio Garzón, México Siglo XXI, 1996, p. 11

¹⁵ Ibidem p. 16

Como efecto de una nueva circunspección, un ejército entero de técnicas ha venido a relevar al verdugo, anatomista inmediato del sufrimiento; los vigilantes, los médicos, los capellanes, los psiquiatras, los psicólogos.¹⁶

La desaparición de los suplicios es también el relajamiento del cuerpo. No tocar ya al cuerpo, o lo menos posible en todo caso. “Se dirá, la prisión, la reclusión, los trabajos forzados, el presidio, la interdicción de residencia, la deportación que ha ocupado lugar importante en los sistemas penales modernos, son realmente penas físicas a diferencia de las multas, porque recaen directamente en el cuerpo¹⁷”, no es ya el cuerpo el objeto de la penalidad en sus formas más severas; es el alma. A la expiación que causa estragos en el cuerpo, debe suceder un castigo que actué en la profundidad sobre el corazón, el pensamiento, la voluntad. Mably ha formulado lo siguiente: “Que el castigo, si se me permite hablar así, caiga sobre el alma más que sobre el cuerpo”¹⁸

El mismo Foucault señala que “el cuerpo aquí se encuentra en situación de intermediario. Si se interviene sobre él, encerrándolo o haciéndolo trabajar, se priva al individuo de la libertad, para bien y por derecho; el dolor del cuerpo no es ya elemento de pena. El castigo, ha pasado de un arte de sensaciones insoportable, a una economía de derechos suspendidos”¹⁹.

La subjetivación del castigo, por una extraña ironía objetiva al alma, la voluntad, al ser. Objetivando, justificando, legitimando este trabajo histórico.

¹⁶ Ibidem p. 19

¹⁷ Ibidem p. 18

¹⁸ G. de Mably. *De la legislación*, *Ceuvres complètes*, 1789, p. 326; en Foucault, Michel Vigilar y Castigar, *Nacimiento de la Prisión*, Traducción: Aurelio Garzón, México Siglo XXI, 1996, p. 24.

¹⁹ Foucault, Michel *Vigilar y Castigar, Nacimiento de la Prisión*, Traducción: Aurelio Garzón, México Siglo XXI, 1996, p. 18

La situación de cuerpo como intermediario, muestra, que es también un elemento existencial del alma, en quien en forma directa incide el castigo, consecuencia de crímenes y delitos, no ajenos a la voluntad del alma, del ser todo.

En cuanto a la acción sobre el cuerpo, tampoco ésta se encuentra suprimida por completo.... Un castigo como los trabajos forzados o incluso como la prisión -mera privación de la libertad- no ha funcionado jamás sin cierto suplemento punitivo que concierne realmente al cuerpo mismo; racionamiento alimenticio, privación sexual, golpes, celda...²⁰.

El encierro, elemento de condena que se abre como institución en todos los países. Es el paso para separar a la sociedad de un foco infeccioso que crece por todos los rincones, su masa se extiende y encuentra refugio, en los oprimidos, reprimidos, el peso del poder no ve edades ni sexo, sólo busca...culpables.

La antigua pareja del fasto punitivo, el cuerpo y la sangre ceden sitio. Entra en escena, cubierto el rostro, un nuevo personaje. Se pone fin a la tragedia; da principio una comedia con siluetas de sombras, voces sin rostro, entidades impalpables²¹.

Las cárceles se llenan, desbordan de pena de los condenados, son el hogar, el espacio que absorbe los males, es la ciudad pequeña, mancha oscura, sabor a sangre, olor a culpa, a cinismo, lucha punitiva de poder y sobrevivencia, lugar de los pecadores.

²⁰ Ibidem p. 24

²¹ Ibidem p. 25

Niños, adultos, viejos, mujeres; enviados a corregir, bajo el nombre de crímenes y delitos, juzgando efectivamente objetos jurídicos definidos por el código, pero se juzga a la vez pasiones, instintos, anomalías, achaques, inadaptaciones, efectos de medio o herencia; se castigan las agresiones, pero a través de ellas las agresividades; las violaciones, pero a la vez las perversiones, los asesinatos que son también pulsiones o deseos²²

Se castigan circunstancias, azares: la pobreza, el olvido, el cinismo, necesidades: reaccionar ante el hambre, el abuso, la opresión; proyectos: rebelarse ante el sistema, el rechazo a los convencionalismos. Se castiga así, una forma de ser.

Cada sexo, separado con sus iguales, pero en edades no hay límites, aún a principios del siglo XX, pequeños y grandes, son uno mismo, culpables; aunque se dirá

no son ellos los juzgados, si los invocamos, es para explicar los hechos que hay que juzgar, y para determinar hasta qué punto se halla implicada en el delito la voluntad del sujeto. Respuesta insuficiente: Porque son ellas, esas sombras detrás de los elementos de causa, las efectivamente juzgadas y castigadas²³,

El indefenso, también encerrado, se convierte en la presa de las perversidades, nacidas de la codicia y el deseo.

La finalidad de corregir es casi imposible. El mundo ahí recreado se ulcera, el humo despiadado de su atmósfera viviente deshumaniza, alimentada por el encierro, esparce e infecta el alma en quienes aún, reina la infancia. Sin

²² Idem

²³ Idem

embargo, la inocencia susurrada por el alma de estos pequeños seres infractores, no se olvida, y es durante el primer tercio del siglo XX, cuando nace la posibilidad de mejorar su calidad de vida, su lugar, debe ser, ya no el del ocaso de la monotonía y despiadada prisión, sí, el resguardo tutelar. Absortos, la mayoría en sus temores, actúan, saboreando la falta del cobijo que consuela, huérfanos de padre, madre, hermanos, familia y sociedad, hay que buscarles un nuevo espacio, donde puedan cohabitar en el seno tutelar de instituciones, más que para castigarlos, capaces de “readaptarlos”.

En un acto de pertinencia teórica, metodológica y narrativa, esta tesis se ha valido de uno de los recursos de la escritura literaria, la voz en mi y sin mi, tercera persona del singular; permite que su vida, además de ser escuchada a través de la palabra escrita, se huela, palpe, se sienta y nos traslade, a su espacio, tiempo, a su ser y existencia, a su historia.

Al mismo tiempo es una investigación que rodea a nuestro personaje en la búsqueda de elementos objetivos y los encuentra, aunque es importante aclarar que los documentos que dan cuenta de la existencia de nuestros pequeños infractores, no me fueron permitidos, el único documento que se encontró, es el que pertenece al archivo de Beneficencia del Estado de Puebla de 1951 a 1953, en donde pone de manifiesto el nombramiento de los Directores que se encontraron a cargo del Consejo de Vigilancia del Tribunal para menores, y dos casos que resguarda el expediente de menores infractores²⁴.

²⁴ 18 de agosto de 1952. Expediente abierto contra el menor Agustín Castillo Vázquez como responsable del delito de robo. 10 de julio de 1953. Expediente que señala al menor Antonio Martínez Martínez responsable de los delitos de daños a la propiedad ajena, homicidio y lesiones. Tomado del archivo de beneficencia: “Junta Directiva de Beneficencia Pública del Estado de Puebla, Expediente numero 89, sección de administración, serie personal, caja 10102 1951.

Expiación

Una teoría de la trasgresión y la invención de la narración

Nunca se sabrá cómo hay que contar esto,
si en primera persona o en segunda, usando
la tercera del plural o inventando
continuamente formas que no servirán de
nada. Si se pudiera decir: yo vieron subir
la luna, o: nos me duele
el fondo de los ojos, y sobre todo así: tú la
mujer rubia eran las nubes que siguen
corriendo delante de mis tus sus nuestros
vuestros sus rostros. Qué diablos²⁵

Memoria y fantasía se hibridan en la historia, se fusionan porque ambas forman la realidad: una, aporta la materia de la experiencia, la vivencia; la otra, otorga mundos posibles, esperanza, significado: ambas convidan voluntad, posibilidad, accionar, sentido. Juntas, son nuestra experiencia del mundo, de vida, nuestra existencia: pasado, presente, futuro; nuestra historia. Entes y relaciones no son dados, los construimos, los significamos.

La historia es sólo un discurso más, como el filosófico, científico o religioso, otra forma de otorgar orden, sentido, a colectivos e individualidades, al mundo. Su validez reposa en su coherencia, la tensión entre la realidad y su representación, en su significado. En estos rasgos de reordenar y significar el mundo, coincide con la narración, de hecho, ésta le es indispensable para materializarse: ordenar, significar, revelar, proponer, para existir.

²⁵ Cortázar Julio, *Las babas del diablo*, FCE. 1978, p. 11

El método elegido para esta investigación es la hermenéutica, por sus posibilidades de exploración del mundo entre la ciencia y el arte, pero que nos posibilita convidar científicidad y objetividad a un trabajo que temáticamente es intencionalmente subjetivo

Comencemos con una definición de hermenéutica. Sé que hay varias concepciones de ella, pero no creo que descuide sus notas sustantivas si la caracterizo como la disciplina que versa sobre la interpretación de textos. Digo disciplina porque puede discutirse si es ciencia o arte, y yo creo que tiene algo de las dos. No es, ciertamente una ciencia estricta, pero tampoco es una mera técnica o intuición artística. Me satisface más la relación que establece Gadamer entre la hermenéutica y la *phrónesis* aristotélica o prudencia, porque es el conocimiento en el contexto, la razón contextualizada²⁶.

La hermenéutica ha sido ampliamente estudiada por Ricoeur, Gadamer, Pierce Wittgenstein, así apoyándonos en ellos nuestro trabajo será interpretativo, pero, ciertamente recurriendo a la ya mencionada *phrónesis* aristotélica: la construcción de significado y sentido apoyado en el contexto ampliamente estudiado.

De esta manera aprovechamos la polisemia del relato, el significado, el sentido, pero también sus posibilidades de construcción de conocimiento científico.

Esta es una historia de trasgresión, de expiación, redención, de reinención; la recuperación de una historia privada, personal, empleada para reconstruir una historia colectiva. Es una historia de los pobres, los humildes, los abusados, los explotados; castigados por su condición existencial, su miseria, su *ser*; un relato de resistencia al poder, amparado en la ley o la moral, que descansa en sus

²⁶ Beuchot Mauricio, *Elementos esenciales de una hermenéutica analógica*, UNAM, 2015, p. 2

instituciones, como la religión, la educación, o la legislación; y ejecutada por abogados, sacerdotes, psicólogos, legisladores, educadores. Es la narración de cómo a través de la trasgresión y el relato, podemos vulnerar, burlar, trascender al sistema, al poder; reordenar el mundo, a nosotros mismos.

Los grupos hegemónicos preservan sus privilegios, creando seres dóciles, productivos, reservándose el derecho de realizar actos punitivos, contra aquellos que violenten el “orden social”, lo hacen a través de castigos, que van del encierro, a la violencia, el exilio, el aislamiento; todos los cuales tienen vertientes psicológicas, físicas, espirituales; se agrede no sólo la carne, sino la voluntad, el alma, al *ser*. En esta historia observaremos la resistencia y sobrevivencia de una individualidad al sistema, gracias a la reinención del mundo, de si mismo; a la posibilidad de mantener su condición humana, en la evasión narrativa o en sus propuestas, de sublimarla, en el descubrimiento de la belleza y la posibilidad, aún en el peor, de lo mundos posibles.

La proyección de una voz permite conocer y recrear sus vivencias, sus mundos reivindicados, allí contruidos. Es la cárcel monótona, el orfanato sobrevivido a través de la narración, lugar que se respira y palpa entre las manos al pasar los dedos por las páginas. Mundo revelado, que se saborea en su oralidad; en su relato, que guarda su olor a niñez; olor que no se respira en los documentos, sino en forma de vivencias reveladas, ocultas en el aliento de la vida misma, en la narración. Aliento convertido en lamento, que poco a poco toma color y fuerza, tercera persona del singular, convertida en voz colectiva, relato apropiado en la simpatía, en la reconstrucción de un mundo ya ido, que retorna en la narración de un tiempo y un espacio, ¡un mundo vivido!, relato realizado en un “él” presente y ausente, que es en mí, sin ser yo, sin usurpar su vida, solidarizándose con sus fracasos y proyectos, su desasosiego y esperanza, su ocultación y revelación, con su historia. Voz en mí y sin mi, voz narrativa,

fundacional, esencial a la historia; consciente, colectiva, toma de distancia, también, de su propia historia, de la nuestra.

El uso de un relato en tercera persona, que se colectiviza, recreación narrativa, no arrebatada la voz al protagonista, la potencia, universaliza, profundiza, le convida sentido, no sólo es presunción estética, mantiene la continuidad, el ritmo, la intencionalidad de reconstruir un mundo a través de la voz de un niño, universal, trascendental, de su identidad, desde “él”, desde su yo, convidándole cohesión y coherencia a esta labor; sentido, puede parecer hartado subjetivo, pero ese es otro de los puntos centrales de este trabajo, rescatar la subjetividad del individuo, la otredad, alteridad ahogada por la visión en perspectiva del historiador, convidándole una voz, particular y universal a la vez, la voz narrativa en tercera persona, a nuestro testigo, reivindicando su derecho de narrar desde “él”, por sí, su mundo vivido, su propia historia.

El recurso no es nuevo, ni resta objetividad al relato histórico, es eso, un recurso narrativo, pertinente, sedimenta su intencionalidad, recrea, potencia, ya Julio César, en sus relatos de las Guerras de las Galias y La Guerra Civil hace uso de una voz que es y no la suya, narra en tercera persona, voz extra y homodiegética a la vez, así es adecuado a sus fines, al sentido de su relato, a su intencionalidad narrativa, histórica, con ello toma distancia, objetiva, pero a la vez busca una intención colectiva, el nexo con los otros, buscando su adhesión, su comprensión, su simpatía; si bien es cierto que a la vez trata de exculparse por la guerra, pese a estos recursos, es eminentemente histórico, recurso empleado por los sobrevivientes del Holocausto, la tercera persona, impersonal, sobria, imparcial, pero que a la vez nos convida un colectivo, una enseñanza: la posibilidad del horror acechando a cualquiera, la posibilidad de la esperanza en la comunión con los otros; invirtiendo esto, empleamos una voz

hetero e intradiegetica, voz en mí y sin mí, sin ser yo, sin usurpar su vida; revelando, reivindicando, su mundo vivido, su propia historia.

Una voz en mí, sin mí, puede sonar poco científico, posible fallo que es anulado, al objetivar a mi fuente principal en su espacio y tiempo, en sus circunstancias, forma de microhistoria, que se plantea desde una individualidad, rescatándola, y proyectándola a un colectivo, obteniendo una forma de universalidad, rasgo característico de las ciencias, pero a la vez, verificándola en la experiencia inmediata del individuo, para reforzarla, posteriormente, con el dato duro, frío, de las fuentes archivísticas o documentales, que aumentan y garantizan, su cientificidad.

El devenir de un sujeto es una negación de la historia tradicional, llena de estatuas inamovibles, también la historia es devenir, es un pasado ya ido, pero eso no implica un perpetuo “fue”, un estado inalterable, sólido y seguro, donde la historia tradicional puede sentirse a sus anchas. Este estado de movimiento es una característica de la vida misma, de la ciencia, de la historia. Movimiento, devenir, sólo aprehensible en la narración.

Hoy, las ciencias reconocen su carácter heurístico, en ello su sobrevivencia, su desarrollo, su posibilidad de seguir orientando al ser humano. De modo que, para hacer aprensible una historia viva, como ésta, la ruta a la supervivencia de un individuo, en un espacio, tiempo, y circunstancias hostiles, no hay otra vía que la narración. Esta no sólo posibilita asir esta experiencia, el mundo, objetos, y seres que le rodeaban; materializando, recreando para nosotros, un mundo de sensaciones ya idas: colores, sabores, olores, tocamientos; también aportará ideas, sentimientos, proyectos; y más aún, nos hará partícipes de cómo nuestro sujeto reordenó y recreó su mundo, a sí mismo, todo a través de la posibilidad de orden, significación, y sentido, que le convida la narración.

Al hablar de sujeto, tal vez deberíamos hablar, más apropiadamente, de “personaje” no sólo por el carácter narrativo de esta historia, sino como propuesta histórica, en clara oposición a una historia deshumanizada, que erradicó al individuo, a favor de estructuras profundas, el mundo material, de las pruebas documentales u otras formas de hacer historia que creaban escenarios, pero carecían de actores, olvidando que el depositario final de la historia es el hombre. Hablar de actores, implica necesariamente una “acción”, movimiento, hombres accionando en un entorno dado, con capacidad volitiva, de tomar decisiones (para bien o para mal), por su raciocinio, expectativas, ideales o sentimientos, por su voluntad, no únicamente condicionados por sus circunstancias, como ciertas formas históricas doctrinales pretenden. Oportunidad de libre albedrío, que les vuelve a convidar su humanidad.

Una vez planteados un escenario y actores (en el sentido fuerte de la expresión), no sólo estatuas de mármol instaladas en el panteón de nuestros grandes héroes, es necesario dar orden, coherencia, a nuestra reconstrucción, lo cual hallamos en la narración, además, una historia de vida, implica el movimiento vital que le es propio, no el estatismo de la vieja historia, esta movilidad, también nos la ofrece el relato, el cual aporta, además, el significado y sentido necesarios a la propuesta de esta investigación.

Esta estructura narrativa tiene una legitimación más, obvia, y de origen ontogenético: el respeto a la intención originaria, no sólo del sujeto explorado, sino de la investigación en sí. Su historia por sí es un relato, una narración de un mundo pasado con todos los entes que le habitaron, pero encima, su esencia es el relato, pues a través de él, nuestro personaje reordenó su propia historia, encontrando en la narración, un instrumento de sobrevivencia y sublimación. Posteriormente, a través, nuevamente, del relato, da cuenta de ello

(reinventándolo, naturalmente) en toda su significación y sentido. Y es también, a través de él, que podemos proponer esta historia.

No es casual que Mauricio Beuchot mencione que los mejores modelos científicos son: *Metáforas afortunadas*²⁷.

De forma que, finalmente, hablar de esta investigación como de una historia narrada, es ya, absolutamente, redundante: toda historia es narración.

²⁷ Ibidem p. 10

Significar el mundo

Una metodología de la exploración del mundo

¿es la vida bajo el sol
tan sólo un sueño?
lo que veo oigo y huelo
¿no es sólo la apariencia de
un mundo frente a otro?
Wim Wenders
“Las alas del deseo”

El que esta investigación sea un trabajo cercano a la cotidianidad, a la vida; no significa que su metodología se tome licencias excesivas, al contrario, su carácter científico, le impone rigor y sistematización. Para muchos, hablar de posmodernidad es equivalente a una cierta forma de libertinaje teórico y metodológico, donde todo es permisible, no hay nada más falso que esto, al contrario, investigaciones tan cercanas a la vivencia humana, deben ser aún, más sistematizadas, que no esquematizadas, para legitimar su validez científica. Contribuyendo, en cambio, a investigaciones menos reduccionistas, que aportan a la historia ángulos y herramientas novedosos y enriquecedores.

Ya comentamos que el método básico será una hermenéutica analógica, por su proximidad al arte, pero su otro pilar será la oralidad.

Por su naturaleza de documento testimonial, esta investigación se soporta particularmente en la historia oral, se convierte en una de sus virtudes: no sólo permite observar como se recrea una historia en una narración desde la significación y el sentido, desde la reinención del mundo y del individuo; sino que nos vemos en la necesidad de sistematizar y cientifizar más nuestra labor; esto lo logramos a través de confrontar nuestro relato con la realidad, a través

de otros testimonios de diversa índole y origen: ya sean orales, documentales o gráficos; usando desde material que aporta dato objetivo (como un archivo), hasta entrevistas con contemporáneos de nuestro sujeto explorado, además de lo cual, contextualizamos la experiencia de vida de nuestro protagonista a su mundo y circunstancias.

En un mundo académico donde se privilegia la escritura y otras formas de registro “más confiables”, la historia oral podría parecer anacrónica. Pero de hecho la escritura es sólo una forma más de convalidar conocimiento, memoria, y puede ser tan certera o confiable o inestable (con dolo o sin él) como la oralidad. Esta es, incluso, anterior a la escritura, y en su inmediatez, puede resultar no sólo más espontánea, sino más esencial. No podemos soslayar su aporte fundacional y civilizatorio: ya los antiguos rapsodas griegos recorrían el mundo cantando sus épicas grávidas de simbolismos, de mitos arquetípicos, fundacionales, esenciales.

La escritura está más ligada a la razón, la reflexión, pero también a las instituciones, a la base y retención del poder; en oposición a la esencial inmediatez de la oralidad, más cercana a la vivencia, a la vida, a la ejemplificación, al relato ordenador y creador de experiencia. De modo que para un trabajo tan vivencial como éste, no sólo es aceptable teórica y metodológicamente un relato iniciático oral, sino que, también de acuerdo con su intención, es más pertinente, enriquecedor, propositivo, congruente, deseable. Aplicamos, como ya explicamos, una hermenéutica analógica.

Hay, además, motivos pragmáticos obvios con el uso de esta forma de oralidad que explico a continuación.

El Consejo Tutelar para Menores, una vez concluida la estancia del interno y cumplida su condena, eliminaba su registro criminal²⁸, pues se trataba de menores de edad (por lo menos así se hizo en Puebla en los años cincuenta), lo cual complicó acceder a los expedientes de los internos, por lo cual fue necesario recurrir prioritariamente a la memoria, pero cruzando esta información con los pocos datos, o gráficos obtenidos o cotejados con otros testigos.

Se trata de una historia significativa, más vivencia que dato, por pura coherencia, y porque en la historia no sólo es más importante el sentido que la sola información, sino que éste es más enriquecedor.

Además, finalmente, este relato oral vuelve a ser ordenado, reinventado, y significado en la narración escrita, donde halla todo su sentido, su propuesta.

Se emplearon documentos del Consejo Tutelar para Menores, actualmente Escuela Granja Adolfo López Mateos, que nos proporcionó algunos datos y generalidades.

Las disposiciones dan inicio de un proyecto formal, relacionado con el discurso del debe ser, con una intención de intervenir en las costumbres o con el ánimo de restablecer antiguas normas en desuso en esta línea de las costumbres y su control, los valores y el discurso, son fuentes de primer orden, los códigos civiles y religiosos y las reglas de procedimiento, por las normas sobre justicia criminal, reglamentación del comercio y de otras actividades. Los discursos patrióticos, los sermones religiosos, las hagiografías de santos, las biografías de los héroes, nos dice mucho más del ideal propuesto que de los acontecimientos relatados. Los catecismos de

²⁸ Es importante aclarar que al decir eliminaba, significa que mantenían ocultos los expedientes, por tratarse de niños, lo único que se me permitió fue revisar un archivo perteneciente al fondo de Beneficencia Pública e Estado de Puebla en el que aparecen dos casos como lo menciono en la introducción

doctrina cristiana y los de formación cívica y política, las lecturas morales y las escolares, e incluso la literatura novelesca y en general de ficción aportan rasgos expresivos de ideologías y mentalidades.²⁹

También fueron de suma importancia acervos personales, de donde se obtuvieron fotografías, actas de nacimiento y otros; entre estos cabe señalar los “recuerdos” (libros, uniformes, boletas de calificaciones o reportes de conducta) que conserva la familia Ramos Jarillas.

Los periódicos, las revistas y los folletos publicaban noticias del acontecer cotidiano, transmitían mensajes de las autoridades, informaban de acontecimientos locales e internacionales y ofrecían mediante los anuncios el panorama de artículos de uso doméstico o de belleza personal al alcance de ciertos grupos. A veces llaman la atención las contradicciones entre el poder adquisitivo del público lector y el costo de los productos anunciados. La influencia extranjera en modas y costumbres es visible en la prensa al igual que en cine y televisión.³⁰

El material hemerográfico fue un soporte importantísimo en esta tarea; en particular el obtenido en la hemeroteca del Instituto Cultural Poblano y la Biblioteca del Congreso del Estado, los datos ahí encontrados nos remitieron, no sólo a dar seguimiento a las actividades y accionar en el tribunal; también apoyaron nuestro relato; además aportaron información significativa sobre los internos: como los crímenes que eran cometidos por estos jóvenes infractores, o sus relaciones con la sociedad en general; así, otra fuente importante fue la Biblioteca del Poder Judicial, cuyo fondo hemerográfico permitió revisar las

²⁹ Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México, D.E : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2006. p. 55

³⁰ Ibidem p. 57

reglamentaciones y procedimiento en la operación, ingreso, y egreso de los internos, que en suma, respaldan este trabajo y por último el Fondo de Beneficencia Pública, para señalar que fue casi imposible acceder a los expedientes de los pequeños infractores..

Otro aporte interesantísimo es el material gráfico obtenido, particularmente las fotografías, las cuales además de revelarnos objetos y personas centrales en nuestro trabajo, son auténtico texto en imagen, sugestivas, provocadoras.

Toda las fuentes empleadas fueron igualmente valiosas, pero naturalmente que destacan las entrevistas, particularmente las realizadas a los internos del Consejo Tutelar, especialmente las realizadas a nuestro protagonista, el Sr. Francisco Ramos, cabe señalar que cada una de las entrevistas fue sistematizada, tratando de obtener el mayor aporte de datos posibles, cuidadosamente manejada para evitar errores o ambigüedades, y cuando era posible, cotejadas con documentos, o el decir de otros involucrados. Con todo, por tratarse de un relato cercano a la vida, a lo humano, lo más importante en su hechura fue la cercanía con el individuo, con el hombre, el ser humano, no sólo por coherencia teórica y metodológica de un trabajo de vida, con seres humanos, sino porque no se trataba con objetos, sino con seres de carne y hueso, esto además permitía una mayor cercanía, que redundaba en mayor confianza, permitiendo obtener más datos, así como el aumento de su riqueza, la posibilidad de nuevas perspectivas y ángulos de la investigación; a la vez que nutría la alteridad, la otredad, lo humano.

No está de más reiterar que pese a toda la labor de investigación por diversas fuentes y medios, todo recayó finalmente en la escritura, el mayor ordenador, significador, difusor y promotor de propuestas, el cual nos convidó la posibilidad

de la reconstrucción, y más aún, la probabilidad de los mundos posibles, por fortuna, mucho más generosos, justos, propositivos, humanos.

No nos es ajena la pobreza

Un contexto histórico de los olvidados

No nos es ajena la pobreza, un México variopinto pasaba en los años cincuenta, por una crisis económica. El camino había sido largo, sinuoso.

Tras la violencia de la Revolución Mexicana, el país había resurgido, reinventado en su nacionalismo, había conocido el progreso y la dignidad de manos del general Lázaro Cárdenas, pero el tiempo fue poco, tras su sexenio, la derecha volvió al poder en la figura de Manuel Ávila Camacho, no hubo opción: era la inestabilidad que se produciría desde los sectores conservadores ante el ascenso de un socialista radical como Mújica (lo cual pondría en peligro la obra del propio Cárdenas); o el giro al conservadurismo. Reitero, no hubo opción.

La Guerra Mundial contrajo la economía, México no fue ajeno a esta situación, el asunto no dejó de tener beneficios: Estados Unidos, finalmente, obligado por la guerra se olvidó de sus exigencias de compensación de la expropiación petrolera. Y pese al conservadurismo (la mujer del presidente mandó vestir calzones a la Diana Cazadora), la actividad cultural del país florecía: Villaurrutia, Novo, Bodet, Reyes, Owen, Gorostiza, seguían en activo al lado de Siqueiros, Rivera o Kahlo; incluso Lowry trabaja su “Bajo el volcán”, y el medio artístico presumía a María Félix, Jorge Negrete, Pedro Armendáriz, Cantinflas o Cri-cri; el cine nacional estaba en apogeo, e incluso, no faltaban críticos, ya aparecía por ahí Gabriel Vargas dibujando a los “Burrón”.

Ya hacia el 47, con Miguel Alemán, y bajo el signo de lo civil y la juventud, el país veía con optimismo el futuro. La gente empezó a migrar de los pequeños pueblos a las grandes ciudades, México inicia la urbanización masiva. Los

optimistas se equivocaban, los salarios eran bajos y la devaluación notoria; el discurso hablaba de democratización... y los capitales se fugaban. Y para colmo de males, el presidente resultó ser un ferviente anticomunista, que favorecía a los ricos, claro esta. Relación devenida en obra pública monumental, incentivos a los empresarios... devenidos, finalmente, en corruptelas y beneficios para los menos en perjuicio de los más, en un reparto inequitativo de la riqueza, en dos México: uno, el México de Ciudad Satélite y el apogeo de los dancing clubs; el otro, un país hundido en la miseria, equilibrio sostenido por la relación precios altos-sueldos bajos, y el apoyo de la fuerza pública y su capacidad represiva, siempre incentivada y apoyada por los empresarios y los medios masivos de comunicación. Las necesidades de nuestros vecinos de norte impulsaron un fenómeno que ya para esos años se hacia notar: los braceros, los cuales en algún momento “gozaron” del beneficio de convenios temporales para trabajar, aunque como siempre, sufriendo abusos y vejaciones de sus patrones norteamericanos. Alemán, tan fiero con los mexicanos, resultó sumiso ante los vecinos.

La cultura daba la cara por el país, ya aparecían Arreola, Paz, Leopoldo Zea o Carballido; tampoco el cine iba tan mal, Pedro Infante e Ismael Rodríguez nos hacían llorar a chorros, en tanto que Tin-Tan nos mataba de risa con clásicos como: el Rey de barrio o Calabacitas tiernas; el Santo hacia estallar de entusiasmo a sus fans en los cuadriláteros, y en el cine también, claro está, pues nada era imposible para este auténtico héroe mexicano, que lo mismo derrotaba momias o mujeres vampiro, conducía autos o naves espaciales, o bien viajaba al pasado. La “mala nota”, no podía faltar, la ponía Buñuel, con sus “Olvidados”, reconocida en Cannes en 1950, no le hizo la misma gracia a lo dirigentes de este país, los cuales la acusaban de difundir una visión dolosa y distorsionada de los mexicanos. Por otro lado, la guerra con Corea exigió a los

Estados Unidos materias primas, de lo cual México se benefició, pero ya era tarde, era 1951, y un año más tarde, Alemán dejaría el poder.

La tarea de suceder a Alemán recayó en Adolfo Ruiz Cortines, de 1952 al 58, el nuevo presidente heredó de su antecesor un legado de corrupción y carestía. Era un país con pequeños grupos que eran grandes beneficiarios del poder, era una nación donde predominaban los prejuicios contra los que menos tenían. Con su modelo de Desarrollo Estabilizador”, que, con leyes antimonopolio, o el cuidadoso seguimiento de la economía, Ruiz Cortines, trató de controlar la situación. Esto, naturalmente, le atrajo la antipatía de las clases pudientes, pese a ello las devaluaciones y la crisis continuaban, en 1954 hubo una nueva y notable devaluación; la cosecha del 56 fue mala, y la deuda del país aumentaba.

Con todo, no todo era tan malo, hizo su irrupción el rock and roll, con la famosa repulsa, miedo y desprecio de la “gente bien”, y el evidente goce de los jóvenes; pero tampoco todo podía ser tan bueno, y en 55 es fundado Telesistema Informativo Mexicano (posteriormente, Televisa) por Rómulo O`Farril y Emilio Azcárraga, esta dicotomía, entre lo bueno y lo malo continuaría aquí, la televisión nos trajo a Cachirulo, pero también las telenovelas.

El periodo de Adolfo Ruiz Cortínez finalizaba, abriendo el escenario para la presentación de Adolfo López Mateos, lo cual señalaba el fin de los años cincuenta, y la llegada de los sesenta. Con López Mateos el país muestra una nueva cara, ahora es un país urbano. A la vez, que, entre otras transformaciones notorias, los medios productivos del país empiezan a señalar sus deficiencias: se privilegia la maquila por sobre la investigación, limitándose a copiar la tecnología en vez de producirla, esto cuando no se hace sólo labor de maquila, se remarcan los bajos salarios contrastando con los precios altos,

debilitando el mercado interno, no se invierte en infraestructura, esperando que gobierno (todo pagado por el pueblo) lo haga. Esto además de la hipocresía y la corrupción que se han vuelto signo de la clase empresarial.

Estos fueron años de grandes transformaciones en el país, y Puebla no podía ser la excepción, en especial sus barrios marginados, los cuales eran más sensibles por vulnerables, no sólo a los vaivenes económicos, sino también a los sociales, a los culturales.

Desde su aparición en el periodo colonial, la ciudad de Puebla fue rotunda, definitiva, clara, al establecer su orden social. El primer cuadro de la ciudad era habitado por la gente acomodada, en su mayoría mestizos, criollos o españoles donde se encontraban los centros de intercambio comercial, cultural; en tanto que, en la periferia, fueron exiliados los indios, junto con sus manufacturas y artesanías, de las cuales eran mayoritariamente sólo maquiladores; fueron marginados, de hecho, buena parte de ellos, fueron arrojados “al otro lado del río”.

Barrios como Analco (literalmente, “del otro lado del río”, en náhuatl), la Luz o el Alto (llamado así, por estar colocado precisamente en la parte elevada, de lo que en su origen fue la ciudad, a salvo de las inundaciones del río San Francisco), fueron desde su origen, barrios de indios, de pobres, de marginados. Condición de marginalidad que propiciaría la aparición de una identidad, cultura, particulares, propias. Estos barrios, desde su origen habitados por indios, pueblo, gente de clase trabajadora, con el transcurso del tiempo se convirtieron en receptores de pobres. Muchos de ellos inmigrantes llegados de los pueblos a las grandes ciudades, expulsados por una crisis económica y social, originada por la gran guerra, e impulsada por los gobiernos

nacionales deficientes, corruptos, que enriquecían aún más al rico y en cambio penalizaban al pobre, por ese su gran delito, haber nacido, ser pobre.

La crisis generalizada fue uno de los factores que propiciaron la urbanización, campesinos, gente de campo, se vio forzada a abandonar su lugar de nacimiento y migrar a las grandes ciudades, otros tantos, aún ciudadanos, se vieron arrojados de su país rumbo a los Estados Unidos, movimiento poblacional incentivado por los acuerdos firmados con el gobierno norteamericano. Las multitudes expulsadas encontraban como único refugio los barrios pobres de la ciudad, las vecindades.

Marginados ya desde su geografía, los barrios pobres de la ciudad eran tan característicos, que incluso entre los pobladores de ellos surgían notorios antagonismos, es bien conocida la rivalidad entre los habitantes del Alto, y de Analco, y de estos con los de la Luz, por ejemplo; todos ellos de los llamados “barrios bravos”.

Los recién llegados, apenas entraban en las ciudades, iniciaban su odisea, muchas veces eran no sólo vejados y despreciados, sino asaltados o engañados. La gran ciudad apabullaba, no es así extraño que muchos migrantes, acobardados, apenas llegados, aprovecharan el barullo de algún mercado, donde ofrecían sus productos, para deshacerse de sus hijos a la primera oportunidad, como es de suponerse muchos de estos chicos acababan siendo recogidos por grupos o particulares, los cuales les explotaban convirtiéndolos en pedigüenos o ladrones. En carne de cañón para los Consejos Tutelares. Tanto abuso y vejación, apenas llegados, propiciaban la formación de barreras que les protegieran contra el “mundo exterior”, contra “los otros”.

Si bien las condiciones eran duras para los nuevos habitantes de la ciudad, para los pequeños eran peores: crecían atosigados por el hambre perpetua, incapaces de acceder a una educación y, posteriormente, a un trabajo que los sacara de ese infierno que era el barrio pobre; estaban condenados a reproducir el mismo patrón sociocultural en el que nacían y crecían: el trabajo y explotación infantil-juvenil, el temprano matrimonio (muchas veces previo embarazo), el hacinamiento familiar en un pequeño cuarto rentado, que hacía de las veces de sala, comedor, cocina, dormitorio, el maltrato infantil o de pareja, convertido en asunto cotidiano, obligado. Circunstancias sociales traumáticas que asfixiaban, apabullaban, condicionaban.

En este ambiente marginal, con una cultura propia, característica, ubicamos nuestra historia, relato histórico de voluntad, humano, de cómo podemos no sólo evadir el orden social, transgredir el sistema, gracias a la narración, que nos convida la capacidad de recrear el mundo; como estrategia de supervivencia al principio, después, en el gozo de la propuesta de la reinención.

Capítulo I

Otras voces otros ámbitos³¹

Cuando el niño era niño
alguna vez despertó en una cama extraña
y ahora lo hace seguido
muchas personas le parecían bellas...
y ahora, sólo en ocasiones de suerte,
se imaginaba claramente un paraíso
y ahora
cuando mucho, lo adivina.
Wim Wenders

Eran las diez de la mañana de un viernes de 1953 cuando regresó a Puebla, el *Cacarizo*, su padrino, lo había llevado a México, no recuerda a qué, si en Puebla tenía su pastelería, le iba bien; un día, allá en México, se le escapó, le pegaba, diario era un golpe seguro, ya hartó, se le fue encima a golpes, y antes de que él reaccionara, corrió, no sabe ni cómo pero llegó a la Central de Autobuses, allí se escondió, apenas si podía respirar de la emoción y el miedo que aún sentía, cansado, se acomodó junto a unos cartones, esperar era lo único que le quedaba; las manos recorrieron los bolsillos, se sumergían hasta lo más profundo, pues eran de verdad enormes, le llegaban hasta las rodillas, en eso, los dedos tocaron el metal, ¡era el dinero del *Cacarizo*!, precipitado, se paró en la ventanilla de los boletos, allí lo ayudaron a comprar el suyo, costo mucho, eso creo, porque el señor que lo ayudó a comprarlo lo dijo, o no sé, hoy que lo recuerda, cree que también ese “médigo” lo “transó”, no es que fuera precisamente tonto, no lo era, además, el pasar ratos en el D. F., lo había hecho más mañoso, pero era chamaco, y estaba en un aprieto, no hubiera sido

³¹ Me he tomado la licencia, claro está, de retomar el título de la novela de Truman Capote, publicada en 1948; sea un homenaje mínimo a él

sorprendente que aquel “canijo” lo hubiera engañado, cuando eres niño, todo mundo cree que es más listo que tú, que te puede “fregar”. Del viaje recuerda bien poco, casi como entre sueños, eran días en que *todo era más... corriente, más de pueblo-dice-*, el camión era viejísimo, viajaban en él todo tipo de gente, desde gente bien, *hasta jodidos, de esos huarachudos, de sombrero, que apestan a sarape, y suben cargando cajas y bolsas de mandado que no saben ni por donde poner, de esos y esas, que llevan su escuincla colgando y dos o tres de la mano.* Con todo, el viaje se le hizo corto, estaba asustado, nervioso por alejarse del tío, como con ganas de regresar, pero podía más el miedo a la golpiza que le daría, y más porque se llevaba su dinero, esto no fue intencional, él solía dárselo a guardar, y en la prisa por escapar, se lo llevó todo, era imposible volver atrás. Había escapado por la noche, tenía sueño, se quedó dormido.

Cuando llegó a Puebla, mendigó durante un par de días, por las mañanas se confundía entre las calles, los puestos de comida y aún en la gente, por las noches, un portón merecía su gran respeto, agradecimiento,

¡cómo llovía aquellos días!, creo que era junio, entre los charcos, mojaba mis pies, tenía los zapatos rotos, mi estomago se retorció, me pasaba los días buscando comida, un pan o dulce podía encontrar en las envolturas de plástico y papel, recorría las banquetas mirando al suelo, buscando, cualquier migaja, parecía que todo mundo devoraba hasta lo último, pues era el único abandonado en las calles, había viejos y ancianas en mi condición, otros niños y jóvenes, aun gente en edad adulta, que parecía lo bastante fuerte para trabajar y salir de esa condición de miseria, pero que por alguna razón no estaban interesados en hacerlo.³²

³² Entrevista realizada al señor Francisco Ramos, abril 2003

Un día, sentado bajo el resguardo de la iglesia de San Roque, ubicada en la actual calle Juan de Palafox y Mendoza, mientras sus dedos bajaban, tocaban el piso en un intento, una vez más, de buscar alimento en el suelo o de recoger una moneda, una mano pesada, tocó su espalda, levantó la mirada extrañado y ... ¡el padrino, el *Cacarizo!*, las piernas, a punto de socorrerle, se quedaron inmóviles, la espalda contuvo el primer golpe, hiriente, quemante, punzante; deseó devolver el golpe, golpearlo para agrietarle más la cara; su mamá, Carmen, a quien no veía desde hacía más de un año lo tomó de la mano, le llevó a casa, vivía en la 14 norte 205, barrio de la Luz, la gente de la vecindad lo veía y cuestionaba – “no me digas que ese es tu otro hijo Carmen”- su mamá sólo asentía con la mirada. Sentado en la silla de los acusados, lo señalaba con la mirada, era un reproche en la luz de sus ojos, le apenaba verla así, además tenía hambre, la cara, fija tras el balcón, contemplaba el atardecer, el sol opaco sorprendía a más de una pareja que paseaba por las calles, su mamá entonces habló, - *“ponte esta ropa, mírate por vago como andas, vístete y vamos a pasear”*- , ¡pasear!, su mamá había dicho pasear, ¿acaso lo merecía?. Después de un rato, tomados de la mano, cruzaron el portón de la vecindad, ¡era feliz!, lo menos que esperaba era una paliza despiadada, y a cambio de eso le premiaban con un paseo, vaya, ni siquiera un reproche, al menos expresado con palabras, pues su mirada y actitud eran bien elocuentes, se sintió un poco confuso, pero inmensamente satisfecho, ¡qué diablos!, al fin y al cabo, y pese a todo, era su hijo. Bajaron toda la 2 oriente, cruzaron el río de San Francisco por el puente de los “toritos”³³, *“nombre de calles nos ofrecen a las polisemias que les asignan sus transeúntes, se apartan de los lugares que se suponían definir y sirven de citas imaginarias o viajes, que, transformados en metáforas, determinan por razones extrañas su valor original, pero que son conocidos, desconocidos por los transeúntes. Extraña toponimia, desprendida de los lugares, que planean encima de la ciudad como una gran geografía de*

³³ Así era conocido el puente de la 2 oriente.

nubosidades en la espera, y desde ahí conducen a de ambulaciones físicas. Nadas o casi nada simbolizan y orientan los pasos, nombres que precisamente han dejado de ser propios."³⁴, pues cabe señalar que en esos días el río aún no era entubado, y los barrios más pobres estaban marginados del resto de la población, al llegar sobre la 2 oriente y 6 norte, dieron vuelta hacia el norte, cruzando por el mercado del Parían, todavía había uno que otro puesto abierto, los vendedores esperaban vender un poco más de tripas, hígado, panza de res y cerdo, que colocadas en una plancha de hielo, escurrían chorros de sangre, el olor nauseabundo de la carne cruda asoleada, inundaba el corredor del mercado, su madre se acercó a un puesto de pan frío, tomó una bolsa y pidió 50 centavos, eran 6 piezas, frías, pero que succulentas se veían, se le antojó, pensó que la cena le había de reservar por lo menos, un pan. El barrio del artista; reposaba en su suelo más de un borracho, que al no poder quedarse en pie, caía, y allí a mitad de la plazuela, se quedaba dormido eso era de lo más común en una ciudad donde las cantinas y pulquerías, a precios baratos vendían hasta sus propios licores, los más famosos curados de pulque, había de todos los sabores, fresa, guayaba, melón, natural, tenían precios risibles: el vaso, enorme, rebosante, babeante y espumoso, conteniendo casi un litro del líquido costaba 50 centavos, en tanto que el alcohol era igual de barato, por 30 centavos te servían medio vaso más o menos de alcohol, vasos largos, de ocho onzas, te intoxicabas bien, barato y a gusto. Valía la pena morir de una congestión etílica. Conoció las tales cantinas porque a menudo iba a sacar a su padrino de esos lugares.

Entre tales escenas pintorescas no podía faltar esta:

A la vuelta de tu casa
Mataron un guajolote
A la vuelta de tu casa

³⁴ Certeau, Michel de, op.cit. p.117

encontramos a tu suegra...

No recuerda la letra exacta de la canción, el pregonero cantaba, llamaba la atención de todos los concurrentes, nadie podía equivocarse, las pasteladas³⁵ estaban a la orden, calientitas, dulces, deliciosas, se le hizo agua la boca, jaló del vestido a su mamá, pero no bajó su mirada, ¡que importaba!, quizás en otra ocasión.

Llegando a la 8 oriente subieron, a mitad de la calle se detuvo ella, ¡era el final del viaje!, se encontraban frente a una casa de dos pisos, la 408, sus ventanas de la parte inferior, recubiertas de fuertes rejas de metal, hacían una grotesca combinación con el enorme portón de madera, tosco, grueso, guardaba celoso el verdadero oficio de aquella suntuosa construcción, se sintió nervioso, presentía algo extraño, era una sensación asfixiante, como si un hueco en su interior comenzara a cubrir su existencia, sudó frío; un señor gordo, alto, algo calvo, salió a su encuentro, abrió la puerta, las palabras sobraban, la mirada lo decía todo. Se internaron en aquel lugar, en el corredor de la puerta había dos cuartos, enfrente, un patio, cortado por una enorme escalera, su mamá, dijo. – *“mira, allí hay niños, juega un ratito y luego nos vamos”*, le sonrió, sus labios se enternecieron, al menos eso fue lo que quiso creer.

Tímido, se acercó a esos niños, lo veían raro, algunos sonreían, otros se acercaron, algunos más le ignoraron, estaba en confianza, “todo estaba bien”, junto a aquellos niños, algunos de su edad y otros poco más grandes, jugó con la inocencia plena de un niño, rió y gritó emocionado al ver los dados, los jugaba bien. No recuerda cuanto tiempo pasó, no mucho, levantó la cara, la luz artificial de los focos en el edificio, le hizo recordar la noche, ¿por qué tardaba

³⁵ Eran pastelitos calientes o bien panes conocidos como mil hojas y llegaban a venderte 7 pastelitos por un peso o cuatro mil hojas por un peso.

mamá?, un silbato vibró, los niños se formaron, uno de ellos le jaló, lo miró de reojo y le dio la espalda, el señor gordo que los había recibido, les indicó algo, no sabe que, pues lo cierto es que no quiso escucharlo, sólo quería irse ya, ¿qué hacía en un lugar como ese? ¿por qué había tantos niños? ¿acaso era una escuela?, estaba intrigado, resuelto por fin a no seguir esperando a su mamá, a salir de esa opresiva duda, caminó con furia hacia el corredor, el celador lo detuvo y con su dedo le indicó la fila, lo esquivó pese a su orden, de verdad estaba indignado, más su fuerza muscular lo detuvo, y entre jaloneos triunfó, derrotado fue conducido a la fila

Cuánto coraje le dio su actitud, los niños de la fila, le decían que valía más quedarse callado. No entendía nada, quería atravesar el patio, y al “gordo” también, la fila comenzó a avanzar, no se movió, se resistía a los empujones, el gordo movía su cabeza calva, el último de la fila dijo:

-Órale, muévete, la jaria (comida) ya está por servirse.

-No, pronto me iré con mi mamá

-Claro, ja ja, quédate allí, a ver a que hora tu jefa se acuerda de recogerte

-Pues ya verás y cállate si no quieres que ahorita te rompa tu cara

-Mira escuincle, tu de aquí no sales, estás encerrado, ya te fregaste y más vale se te quite lo salsa, o verás como se te quita aquí, tú no más sigue y a ver si aguantas...

Ya no lo escuchó, sus piernas no tenían voluntad, quería correr, gritar, el llanto de la frustración lo detuvo, ahogó con la voz entre cortada los gemidos, por alguna razón se acordó del *Cacarizo*, lleno de júbilo, gritó; “*¡pinché Cacarizo, ya verás cuando te encuentre, mira que te voy a agrietar más la cara!*”. Los niños, sin extrañarse voltearon a verlo, alguno dijo, - “Déjenlo, verán como mañana se le pasa”-. Cuantas veces escuchó hablar de chicos que iban a parar a la

cárcel³⁶, el padrino decía. – “Si te portas mal te mando a encerrar”- A veces también escuchaba comentarios de la gente cuando leían en voz alta el periódico-

Pedro arrojó a Salomón Pérez, mientras jugaban frente al mercado el Alto, a un camión pesado, el niño será consignado al Tribunal para Menores³⁷.

Entre la prensa más amarillista leían. -“bueno, por lo menos ya no van a la cárcel, pobres criaturas”, señalaban con el dedo, como no sabía leer, esperaba atento otros comentarios.

Robó a su tío para agasajar a su amigo. El señor Briseño delató a su pequeño sobrino, el cual se encontraba bajo su tutela, por robar artículos junto con su amiguito, los pequeños infractores no negaron nada y fueron remitidos al tribunal para menores, el nombre del amiguito infractor es Luís Rosas³⁸

-*Pórtate bien chamaco* -, le decían alguna de las personas que lo veían mientras leían el periódico – *no sea que acabes como ellos, aunque estén guardaditos en ese tribunal, es castigo, y nadie sabe entre esos escuincles que te puede pasar*. La gente hablaba del tribunal para menores, “la nueva cárcel de los niños” así la llamaban algunos otros.

El primer Tribunal en México, influenciado por Estados Unidos cuando se crean jueces paternos e Instituciones especializadas para menores, se creó en 1923 en San Luís Potosí. En 1928, se creó la ley de Prevención Social de la Delincuencia Infantil en el Distrito Federal y Territorios, conocida como la

³⁶ Durante el porfiriano, niños y adultos iban a parar juntos al mismo lugar. Información recabada de la historia del Centro de Observación y Readaptación Social, Escuela Granja “Adolfo López Mateos

³⁷ Periódico *la Opinión de Puebla*, jueves 23 de abril de 1940

³⁸ Periódico *la Opinión de Puebla*, jueves 13 de octubre de 1938, p. 6

Ley Villa Michel, que dejaba a los menores de 13 años fuera del código penal para canalizarlos en el Tribunal para Menores, también canalizaba a los niños vagos, indisciplinados, menesterosos. En 1929, se expidió el reglamento de Calificación de los Infractores Menores de Edad en el D.F. que dio origen al Tribunal Administrativo para Menores. En 1934. Se creó el Código Federal de Procedimientos Penales, competente en los tribunales de menores de los estados para verificar delitos en sus estados. En 1936, se creó la Comisión Instaladora del Tribunal para Menores. En 1941 la ley Orgánica y Normativa de Procedimiento del Tribunal para Menores y sus Instituciones Tutelares, finalmente en Puebla, en 1938, siendo presidente Maximino Ávila Camacho, crea la ley del Instituto de prevención Social para Menores.³⁹”

De esta ley se sabe a través de los periódicos que entró en vigor el mismo año de su publicación en el periódico oficial del estado de Puebla, con fecha 01 de abril de 1938.

Un menor hiere a otro con un trozo de vidrio, Según hemos venido observando, muchos delitos diversos tienen como protagonistas a menores de edad. Ayer tarde a eso de las cinco de la tarde sin ir muy lejos, un rapaz de doce años hirió a otro de catorce huyendo enseguida, espantado porque vio brotar de la herida causada, un verdadero torrente de sangre que afortunadamente pudo detenerse a tiempo cuando le hicieron al lesionado la primera curación. Sucedió que se encontraba el jovencito Andrés Díaz, sentado a las puertas del zaguán de la casa donde vivía, avenida de la 6 poniente 302, vendiendo chicles, oficio al que se dedicaba y mientras que llegaba algún cliente, leía el periódico muy interesado, cuando paso otro chiquitín menor de edad quien abusando quizás de la amistad que tenía con Díaz, le dio un jalón al periódico. Andrés le lanzó regaños estridentes y el otro

³⁹ Información recabada de la historia del Centro de Observación y Readaptación Social, Escuela Granja “Adolfo López Mateos

pequeño sacó un pedazo de vidrio a guisa de navaja, le causo a Díaz una herida. El pequeño huyó, aún no ha podido ser aprehendido.⁴⁰”

El dueño de la “tahona de México” ubicada en la avenida 2 poniente 918 acusó de robo a un chiquillo de 10 años, de edad, el pequeño no negó el robo, pasó al tribunal para menores⁴¹

La ley en vigencia, del Consejo Tutelar para Menores, pequeños, desprotegidos, desviados, tenían a su hora, bajo el resguardo de esta Institución, la oportunidad de corregir a través de ella, su inadaptación o incapacidad social.

Ley que crea el Instituto de Prevención Social para Menores, Maximino Ávila Camacho, Gobernador constitucional del Estado libre y Soberano de Puebla, a los habitantes de la misma sabed: Decreto.

El XXXII Congreso Constitucional del estado Libre y Soberano de Puebla decretó lo siguiente:

Ley que creó el Instituto de Prevención Social para Menores

Art. 1.-El Instituto de prevención social para Menores, tiene por objeto estudiar, corregir todas las formas de inadaptación o incapacidad en menores de 16 años, originadas por causas biológicas o sociales y que tienden a hacer de esos menores seres inadaptados a las exigencias de la vida social.

Art. 2.-Las medidas que toma el Instituto nunca tenderá a castigar al menor que pudiera resultar culpable, sino a obtener su corrección y readaptación social por medio de un tratamiento médico pedagógico. *Nunca se planteará la*

⁴⁰ Periódico *la Opinión de Puebla*, jueves 26 de mayo de 1938 p. 1.

⁴¹ Periódico *la Opinión de Puebla*, p. 6.

*cuestión de discernimiento para fijar responsabilidad alguna, ni se consideran sus resoluciones como pequeñas.*⁴²

Sin embargo, la posibilidad de corregir en estas Instituciones parecía difícil de alcanzar, la esperanza de los padres, la familia, la sociedad, era pequeña, pero nunca se abandonó del todo

A favor de su hijo pidió amparo un vecino de Izúcar de Matamoros, el señor Guillermo Luna pidió amparo ante el juez del primer distrito quejándose contra el juez de lo criminal en Izúcar de Matamoros, quien ordenó la aprehensión del menor Julián Luna, pues este menor de 9 años causó una lesión a un niño mayor con un charpe, por tal motivo se dispuso que el niño ingresara a la cárcel habiendo Tribunal para Menores. El juez le dio el amparo⁴³

Proteger, reservar un lugar para estos pequeños infractores, inadaptados o incapacitados para “vivir en sociedad”, ¿de verdad eran criminales?, ¿de verdad eran incorregibles, de ser así?, ¿quiénes en realidad llegaban aquí?

Art. 3.-Los menores de edad, están excluidos de responsabilidad criminal, estarán sometidos a la competencia y decisión del Instituto de Prevención Social para menores, los siguientes casos:

I.-Cuando se encuentren moralmente abandonados, pervertidos o en peligro de serlo.

II.- Cuando sus padres, tutores o personas a cuyo cargo se encuentren, no puedan corregirlos dentro de las facultades que la ley les otorga.

⁴² *Periódico Oficial del estado de Puebla*, 01 de abril de 1938

⁴³ *Periódico la Opinión de Puebla*, jueves 12 de octubre de 1938, p. 4

III.-Cuando sea objeto de maltrato por sus padres, tutores o personas a cuyo cargo se encuentran o cuando la negligencia de dichas personas los coloque en riesgo moral.

IV.- Cuando la condición de vida del menor pueda accionar en inadaptación social

V.-Cuando inflijan la ley del estado o cometan algún acto catalogado como falta a las leyes respectivas

Art. 4.- Si en la comisión de un delito o falta intervinieran individuos menores y mayores de 16 años. Sólo los menores quedaran sometidos a las disposiciones de esta ley y el Instituto de Prevención Social para Menores.⁴⁴

Bajo estos artículos, los niños, no sólo delincuentes, sino niños abandonados o castigados encontraban en el Tribunal para Menores, refugio y condena, más que jurídica, social, pues fue ella, la sociedad, quien vio en estos pequeños, sólo delincuentes. El periódico, como medio de comunicación masiva, se hizo cargo de esa masa glacial “la sociedad” a través de sus paginas delataba a los “delincuentes”. Se creyó que el Tribunal para menores se inundaba de pequeños, delincuentes, criminales.

“Un menor, Petronilo Morales, fue internado en el hospital de la Cruz Roja, luego que otro menor con una navaja de rasurar le hizo una herida en la pierna y le cortó un dedo, el lesionado cuenta que por descuido cayó frente al hotel Colonial encima de su agresor y sin decir nada este lo golpeó e hirió, el pequeño agresor fue consignado al Tribunal para Menores⁴⁵

⁴⁴ *Periódico Oficial del Estado de Puebla*, 01 de abril de 1938

⁴⁵ *Periódico la Opinión de Puebla*, lunes 17 de octubre de 1938 p 4

Edmundo Rendón comerciante de uno de los establecidos en los pórticos del mercado la Victoria delató a un muchacho que arrebatava algunas mercancías del lugar, el delincuente dijo que era de oficio cantero, pero vio unas medias muy bonitas por lo que se le antojo. El pequeño fue enviado al Tribunal para Menores⁴⁶.

También es importante aclarar que muchos niños que eran considerados delincuentes, no siempre pisaban el Consejo Tutelar para menores como es el caso del menor Castillo Vázquez⁴⁷, acusado del delito de robo a una iglesia y por su alta moral encontrada, fue asignado a su padrino para que lo educara, ya que su familia no contaba con los recursos necesarios para darle educación

Noticias impregnadas de delincuencia, era así la idea formada por la sociedad, Tribunal, cárcel de delincuentes, era sin embargo el producto de una sociedad inquietante, desubicada, donde su principal núcleo, la familia, se consumía.

En la familia extensiva, en los amigos se deben satisfacer las necesidades terapéuticas y estabilizadoras de la personalidad, para ello debe ser por si misma estable” ... “los seres humanos nacen en una comunidad personal y de por vida están vinculados por la tradición, fijan redes de poder y de familia. Con la pérdida de tradiciones, los jóvenes deben ser capaces de realizar su propia comunidad. Ser el ingeniero social, capaz de usar su atractivo y su destreza de maniobra para construir una comunidad personal para si mismo⁴⁸.

En la familia “El hombre es el símbolo, aunque no la realidad, la mujer el valor de la calidad”⁴⁹. Debido a la movilidad social y geográfica, ya sea por la

⁴⁶ Periódico *la Opinión de Puebla*, viernes 2 de diciembre de 1938, p. 3

⁴⁷ Archivo de la Junta Directiva de Beneficencia Pública del Estado de Puebla, Expediente número 89, Sección de Administración, Serie personal, caja 10102, 1951

⁴⁸ Henry Jules, *La cultura contra el hombre*, Siglo XXI. El mundo del hombre, Antropología y lingüística, México 1967, p. 138.

⁴⁹ *Ibidem* p. 128

búsqueda de empleo, el niño sufre un descontrol psicológico, “Otros niños tratan de atraerlo a sus comunidades personales”⁵⁰; no siempre estas comunidades le son positivas, en su mayoría determinan conductas antisociales, resultado de la pérdida de la familia y la inocencia, de su espacio. “El establecimiento de relaciones duraderas es difícil”, el niño que ha visto fragmentado su núcleo familiar, el continuo cambio de zona habitacional da como resultado la pérdida de amigos y esto “le impide comprometerse profundamente, a menudo no puede ni siquiera aferrarse a lo que tiene, porque ha sufrido y por lo tanto se ha metido en sí”⁵¹

En 1953, la gente y aún él, creían que al Tutelar para Menores, sólo llegaban niños infractores de la ley, ¡Pero él estaba allí!, bajo los muros del recinto tutelar respiró la respuesta, no era la cárcel, era si, un lugar donde niños como él, como otros, como nosotros, como los del periódico, convivían, soñaban, se reinventaban, trataban de sobrevivir, no sólo al ambiente sofocador de castigos y crueldad, sino a la misma necesidad de la vida, del espíritu, por reencontrarse y reconstruir un mundo, en él, significaron y dieron sentido a su vida, a su tiempo, su espacio, a su historia.

⁵⁰ Ibidem p 138

⁵¹ Ibidem p 139

Capítulo II

Desolación

Cuando el niño era niño,
era el tiempo de estas preguntas
¿por qué soy yo y no soy tú?,
¿por qué estoy aquí y no allá?
¿cuándo empezó el tiempo
y donde acaba el espacio?
Win Wenders
“Las alas del deseo”

Somos en un espacio y tiempo, aún en la desolación del encierro, esforzándonos por conservar nuestra identidad, nuestra libertad, nuestra humanidad. El encierro, no compete sólo a la carne, sino al alma, al espíritu, a la voluntad. Encerrados, oprimidos carne y espíritu, se lucha contra los abusivos: el celador malhumorado, el maltrato, el trabajo excesivo, los castigos o las opresivas clases; todo parte del sistema, todo parte del dominio sobre la carne, el alma, la voluntad, sobre nuestro cuerpo, nuestro ser, pero también con la soledad, la monotonía, la melancolía, el cinismo, el hastío, la desesperanza.

Si no se quiere convertir en sinónimo de una terrible residencia obligatoria, apartados de los seres vivos, el espacio privado, su nuevo espacio, debe saber abrirse a un flujo de entrantes y salientes, ser el lugar de paso de una circulación continua, donde se cruzan objetos, gente, palabras e ideas. Pues la vida también es movilidad, impaciencia del cambio, relación en lo plural del prójimo.⁵²

El encierro y la libertad, el control y la asistencia social, los amigos y los opresores, lo público y lo privado, lo cerrado y los grandes espacios abiertos, el

⁵² Certeau, Michel de, op. cit p. 38

olvido y la memoria, la frustración y los proyectos, todos convergían en un solo edificio, en un espacio, en el Tribunal para Menores.

El barrio es casi por definición, un dominio del entorno social puesto que es para el usuario una porción desconocida del espacio urbano, el dominio de su entorno priva a los demás de este uso. El barrio puede entenderse como esa porción del espacio público, anónimo para todo el mundo, donde se insinúa poco a poco un espacio privado, particularizado debido al uso práctico cotidiano de este espacio⁵³

El Consejo Tutelar para Menores si bien no es un barrio, es el dominio de sus prácticas culturales, su espacio, lo hacen privado y por si mismo público. Sus “prácticas culturales”⁵⁴ encierran mucho de lo cotidiano del barrio.

“La organización de la vida cotidiana se articula en dos registros:

1.- El comportamiento, cuyo sistema es visible en el espacio social de la calle y que se traduce en la indumentaria, la aplicación más o menos de códigos de cortesía (saludos, palabras amables), el ritmo de caminar, el ciclo de evitar o por el contrario de usar tal o cual espacio público.

2.- Los beneficios simbólicos esperados, por la manera de hallarse bien...Estos beneficios están arraigados en la tradición cultural del usuario. Jamás están presentes del todo en su conciencia”⁵⁵.

El Consejo Tutelar, es el espacio, lo cotidiano parte de un mundo donde se nace, “el barrio”, el compromiso social también se manifiesta “es un arte de

⁵³ Ibidem p. 8

⁵⁴ Ibidem p. 9. Prácticas culturales, es un conjunto más o menos coherente, más o menos fluido de elementos cotidianos concretos (un menú gastronómico) e ideológico (religiosos, políticos), a la vez dados por una tradición (la de la familia, la de un grupo social) y puestos al día mediante comportamientos que traducen en una visibilidad social fragmentos de una distribución cultural.

⁵⁵ Ibidem p 6

coexistir con los interlocutores”, “*los liga el hecho concreto, pero esencial de la proximidad y la repetición*”⁵⁶. Es un espacio social.

Los espacios, no son sólo la fría materia que los forma, son habitados por seres humanos, por sus creencias e ideas, negaciones y proyectos.

“El lugar es el orden, cualquiera que sea, según el cual los elementos se distribuyen en relación de coexistencia. Así pues, se excluye la posibilidad para que dos cosas se encuentren en el mismo sitio. Ahí impera la ley, los elementos considerados están unos al lado de otros, cada uno situado en un sitio y distinto que cada uno define. Un lugar es una configuración instantánea de posiciones. Implica una indicación de estabilidad. Espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidad contractuales”⁵⁷...

“Espacio es un lugar practicado”. El Consejo Tutelar para Menores se ubicaba en un enorme edificio de dos plantas, antiguo, grande, opresivo, el cual apabullaba a los internos tan sólo con ponerse frente a él, sabedores de que ese no era un edificio común, sino su lugar de reclusión, de castigo, de marginación. Había dos amplios patios, cada uno resguardado por su correspondiente construcción de dos pisos; por razones de la lógica más elemental, los dormitorios estaban en la planta alta de cada edificio, los niños

⁵⁶ Ibidem p.7

⁵⁷ Ibidem p. 129

pre-púberes, ocupaban la planta alta que comprendía el segundo patio, los púberes, ocupaban el espacio correspondiente, pero en el primer patio⁵⁸.

Los dormitorios no eran otra cosa que una pieza larga, altísima, poco iluminada, en ella se hacinaban 40 o más muchachos, cada uno de los cuales tenía que encargarse del aseo de su propio espacio, su propia cama, la cual era sagrada, intocable.

En un lugar en que todo era colectivo, la cama representaba el único espacio privado, apropiable, íntimo, su limpieza y mantenimiento era esmerado, se sacudía la ropa de cama, se arreglaba puntillosamente, pues hacía las funciones de habitación, estudio, comedor, despacho, hospital, sala de visitas, o escenario de juegos, pues por un acto de alquimia de la imaginación, se transformaba en barco pirata, nave espacial o inexpugnable castillo. Era como una habitación, no sólo por ser, propiamente dicho, el dormitorio particular, sino que dado su status de ubicación natural, obvia, íntima, de cada chico, hacía las funciones de domicilio particular, así, por la noches, si un chico quería saludar a otro, bastaba con deslizarse de su propio "domicilio" para visitar a su amigo, el cual lo recibía a su vez en su morada; de modo que la cama se convertía en recibidor, sala de visitas, auténtico centro de conversaciones a veces, donde unos cuantos privilegiados, eran "invitados" a conversar, a jugar, o tomar incluso algún refrigerio; guardado de la cena a escondidas. En plan de juego, gracias a la fantasía infantil, se podía convertir en una tienda de campaña, con ayuda de unas cobijas y algunos aditamentos que hacían mayor la diversión; entretenimientos, claro ésta, la mayor parte de las veces nocturnos; pues los chicos estaban conscientes que sólo podían escapar de la realidad por unos

⁵⁸ La separación dentro de los espacios físicos, quedó determinado a través del artículo 16 de la Ley del Tribunal para Menores en 1953, ver *Periódico Oficial del Estado de Puebla* de 24 de diciembre de 1953

momentos, en ésta, la cama sólo era un objeto para descansar al abrigo del frío, el trabajo, o los estudios. De vez en cuando, ante la presencia de alguna enfermedad, los chicos podían permanecer más tiempo en ella, recibiendo atenciones inusuales, pero para ser considerados enfermos habitualmente se sentían tan mal, que disfrutaban bien poco su estancia en ella. La cama era depositaria indirecta del devenir de los muchachos, sus condiciones físicas o mentales, sentimientos e ideas, derrotas y triunfos, desengaños y proyectos. Bajo sus sábanas muchas veces los chicos lloraban, a “solos”, desahogando su mala fortuna, su abandono, o malas decisiones, otros, en un momento de optimismo o alegría fantaseaban y hacían planes para el futuro, veces había en que no podían dormir por el gusto de una visita anhelada, la llegada de un dulce enviado por alguien querido, o la esperanza de volver a casa, cualquiera que fuera esta. Los más pequeños muchas veces lloraban de miedo o de frío, ocasiones había en que alguno los escuchaba y compadeciéndose de ellos, los ayudaba, las más de las veces la vergüenza, el temor a las burlas, les hacían aislarse, llorar en silencio hasta desahogarse, hasta quedarse dormidos; aún había entre ellos quienes mojaban la cama, terrible trasgresión que no sólo merecía las burlas crueles de los compañeros, sino trabajo doble, había que lavar la ropa de cama, también recibir regaños y humillaciones y ser, además, castigado a cintarazos. Así, un objeto se volvía público y privado, cultural, sintético, histórico.

Los muchachos más grandes no eran tan complacientes, al igual que los pequeños, sus camas eran intocables, la diferencia era que la defensa de su espacio era más sustancial, radical, el tocar inapropiadamente la cama del otro, casi siempre terminaba en una riña.

También en el segundo patio, en la planta alta, había un pequeño auditorio, aquí solían ponerles películas, y les dejaban ver un poco de televisión, esta

había sido un regalo, cortesía de Manuel Ávila Camacho. En la parte alta del primer patio, estaba la biblioteca, la cual, curiosamente, era rica en clásicos (lamentablemente desaprovechados casi siempre). En la planta baja de ambos edificios estaban los salones, aunque había menos de ellos en el segundo patio, pues ahí estaban los talleres, en este mismo patio, pero al fondo estaban los inefables lavaderos, donde cada uno de los chicos, se encargaba de su propio aseo.

Capítulo III

Habitar tu nombre

“En nuestro nombre, nuestro ser, nuestra historia”

“El señor de los anillos”

J. R. Tolkien

Estamos ineludiblemente ligados a nuestros nombres, condenados a ellos, debieran, justamente, nominarnos, caracterizarnos, clasificarnos; debieran reclamarnos, aclamarnos, pero son sólo un accidente, cuando no mero capricho. Los apodos... son otra cosa. En ellos nuestra esencia, sentido; los ganamos... o nos hacen perdedores, nos califican y descalifican, nos revelan, reinventan, son síntesis de nuestros defectos o virtudes, reales o imaginarios, físicos, mentales, espirituales; bendición o maldición.

Contundentes, penetrantes, sintéticos, esenciales; hirientes o halagadores por su carga de verdad, de no ser así, no nos harían envanecernos o nos herirían, de no ser tan certeros, esenciales, no tendríamos que arrastrarlos por tanto tiempo, a todos lados. Depositarios de nuestra esencia, de nuestra historia.

En un Consejo Tutelar, con decenas de habitantes, el individuo, su identidad, corren el peligro de la masificación, la desaparición de la identidad, la memoria, y por otro lado, el de caer en el estereotipo, lugar común del que pocas veces se puede retornar. El reformatorio, escaso en recursos materiales, económicos, limita no sólo el desenvolvimiento, el desarrollo del individuo, sino también sus diversiones. Todo esto se suple con ingenio; su ambiente opresivo estimula la agudeza, el comentario cáustico, si ya entre el pueblo es notoria esta habilidad, lo es más entre los pobres, y más aún, entre los oprimidos, los marginados, todos los cuales desarrollan no solo cierto sentido crítico, sino, indudablemente,

un humor cruel, (maximizado en los niños), que, en un medio de este tipo, son auténtica necesidad, mecanismo de supervivencia, de humor, defensa, dominio, es decir, de status.

Abordar el tema de los apodos no es caer en la mera anécdota, el chisme, o la broma fácil, son mucho más que eso, son espejo espontáneo de las condiciones económicas, sociales, culturales; de un colectivo, de un individuo, se vuelven así, esenciales, significativos. Además, ¿cómo buscar la complejidad y la completud en una historia de un reformatorio, sin abordar el ingenio, el humor de sus habitantes, su visión del mundo, sus críticas y propuestas?

En los apodos habita mucho de su mentalidad, espíritu, imaginario, fantasía, aceptaciones y negaciones, obsesiones, aspiraciones, de su identidad, originalidad, su sentido. Su poder sintético, memorístico, identitario, de sentido, les hace depositarios de aquello o aquel a quien nombra, crea, reinventa.

El reformatorio, lugar donde los referentes eran olvidados, casa, padres, familia, identidad; era propicio a la definición, al nominalismo, la recreación; a reinventarse, a reconstruir la identidad. Había así apodos “ganados” por alguna hazaña, era entonces un nombre que perpetuaba la gloria; otros eran despectivos, auténticos castigos a faltas, voluntarias algunas, involuntarias otras, como la fealdad, o la dificultad de pensamiento; señalaban así rasgos materiales o subjetivos, espirituales o de pensamiento, descriptivos o esenciales, ineludibles, o de voluntad.

Los apodos utilizados en el reformatorio podían clasificarse, a grandes rasgos, de esta forma: los clásicos: *el caco*, *la parca*; los geográficos : *el toluco*; los animales (tal vez la clasificación más amplia); los paranormales: *la muerte*, *la*

calaca; dulces típicos: *el camote*; los objetos: *cabeza de hacha*; los incógnitos, aquellos asumidos como una verdad absoluta, pese a que ya nadie se acordaba de cómo los habían adquirido; y los innombrables, frente a aquellos que lo recibían, claro está.

Algunos apodos no necesitan explicación, son demasiado obvios, como *el caballo* o *la morsa*. Otros son interesantísimos por su sentido implícito, por ser correlato, estos son algunos de ellos:

El nombre real del Toluco era José, se le llamaba así porque en realidad no era poblano, había nacido en el estado de México, en Toluca, justamente. Había sido abandonado por sus padres, premeditada, dolosamente, lo dejaron esperando en un esquina, y jamás volvieron por él, afortunadamente, fue recogido por un comerciante de telas, para este, más que su hijo, era un auxiliar, pero le trataba bien, se separaron el día en que intentando cambiar de aires, y de fortuna, llegaron a Puebla, allí, ya asentados en una vecindad en la Luz, salían a vender, un día, urgido por una necesidad fisiológica, el comerciante dejó al niño cuidando de los rollos de tela, su único patrimonio, el niño a su vez, al ver que el otro no volvía, tal vez en un reflejo inconsciente, condicionado por sus padres y su abandono, tuvo la desafortunada idea de encargar su mercancía con un desconocido para buscarle, al volver juntos, la mercancía había desaparecido, junto con el desconocido, naturalmente, nunca se lo perdonó al niño, y en la primera oportunidad lo abandonó. El Toluco, al verse solo, terminó en malas compañías, más maleado que sus compañeros de provincia, pronto acabó encerrado.

El *Ratón* no recibía su apodo por algún defecto físico, sino mas bien moral, espiritual; lo fácil sería atribuírselo sólo por ser el poco afortunado poseedor de unas orejas o dientes enormes, pero no era el caso, era un niño apocado y

miedoso; abandonado por sus padres, su abuela se había hecho cargo de él, hasta que ella misma se vio imposibilitada ante semejante responsabilidad, y le abandonó en el reformatorio, era un niño triste, pequeño, lastimoso, parecía rehuir la luz y los espacios abiertos a favor de los rincones, del refugio de las paredes y la oscuridad, torturado por sus compañeros, poco a poco se fue volviendo más tímido, tanto así, que al final nadie sabría decir si continuó ahí o se marchó, nadie sabría decir que fue de él.

Estaba *el Caco*, a quien el nombre del celebre ladrón de la mitología griega le quedaba grande, era un raterillo insignificante, cínico, petulante; molestaba a los más indefensos, pero era un notorio cobarde con aquellos que eran superiores a él, imposibilitado de ser al menos un criminal de mayor escala (para fortuna de la sociedad, y de sus propios compañeros) había ido a dar al reformatorio por un robo menor, absurdo, cómico: trato de robar a una vieja, la cual forcejeó con él y finalmente le dominó.

No todos los apodos tenían una connotación dramática, estaba el *tecolote*, el cual recibió su apodo debido a sus ojos saltones y a ser muy moreno; otra “ave”, encerrada en semejante jaula, era el *Tucán*, el cual fue rebautizado de esta manera, en razón a su risa indiscreta, escandalosa; compartiendo esta “sección zoológica” estaba también el *Pato*, muchacho trompudo, que, debido a esta peculiaridad, recibió su apodo. Al *Camote* bastaba con verlo para darse cuenta del por qué de su apodo: era prieto y largo, con sus pelos necios y parados. Otros apodos “descriptivos” que podemos obviar son: la *morsa*, sujeto gordísimo, grasiento, pero que ya lucía un bigotito incipiente, parado; ó el *sapo*.

En cambio, vale la pena detenerse un poco más en *la muerte*, o *el sabio*. El primero ganó el apodo por sus gritos estridentes; acre, penetrante lamento que helaba la sangre, es recordado como un escuincle travieso que a menudo se

ganaba el dudoso privilegio de probar el chicote, le bastaba con ver al celador aproximarse, con su herramienta de castigo en mano, para que empezara a correr y aullar como loco, tanto así, que pese a ser un poco regordete, y resoplar como fuelle, no dejaba de gritar, ni aún cuando, recibido su castigo, era enviado de vuelta a su dormitorio. El *sabio*, quien en realidad tenía el nombre de Juan Camacho, poseía uno de los pocos mote para presumirse, era un muchacho tímido, pero brillante y esforzado, nunca se metía con nadie, y si en cambio, ayudaba a todos aquellos que podía, no era de físico impresionante, era más bien pequeño y delgado, pero admirado, aún por los peores y más abusivos huéspedes del reformatorio, por su espíritu solidario, integridad moral, su brillantez y audacia. Era poco dado a los juegos violentos o físicos, pero cuando se involucraba a ellos hacía un papel más que digno, era así considerado, un buen y corajudo atleta, más por su disciplina y voluntad, que, por sus habilidades naturales, pasaba largas horas en la biblioteca, lo cual no le impedía organizar escapadas, ni dañaba su sentido del humor, gran contador de historias y amigo recibió su nombre debido a una proyección producida por los estudios “*El Búho sabio*”, de ahí su alto apodo. Su gran premio fue dar algunas palabras en una ceremonia muy importante, cuando la esposa del gobernador del estado hizo una visita a este nuestro espacio. Este fue el momento oportuno para lucirse.

Inmensa alegría dejó la primera dama en el Tribunal para Menores, la distinguida esposa del señor Gobernador del Estado, Margarita Núñez de Ávila Camacho, inauguró ayer a las once horas durante una sencilla pero emotiva y solemne ceremonia, las obras de readaptación del Tribunal para Menores y Centro de Observación que fueron ordenadas por el jefe del ejecutivo general Rafael Ávila Camacho. La primera dama del estado hizo su entrada al edificio en medio de la desbordante alegría de los pequeños corregidos, siendo recibida en la entrada por el señor José Leal Gutiérrez presidente y director respectivamente de dicho tribunal, estuvieron presentes:

el profesor Javier Bonilla Peral. Fernando Cueto Fernández, Lic. Guillermo Barrio Osorio, Dr. Guillermo Sosa, lic. Arturo Rendón Mora.

Después la primera dama recorrió el comedor, cocina, baños, gimnasio, enfermería, salón de actos, biblioteca, aulas y dormitorios. Este festival se cubrió con un bonito programa en el que hizo uso de palabra a nombre de sus compañeros para agradecer la presencia de la distinguida visita, el niño Juan Camacho, después el señor José Leal Gutiérrez agradeció a la primera dama Doña Margarita Núñez de Ávila Camacho hizo reparto de dulces, libros de lectura, entregó ropa de cama, cobijas para mejorar las condiciones en que viven los corrigendos. Por último, descubrió la placa de inauguración de las obras de readaptación del Tribunal para Menores y Centro de Observación de la ciudad de Puebla, abandonó el lugar a las 12:15⁵⁹

Otro niño, el más temido del reformatorio era, el ya mencionado *churro*, tipo mala entraña y violento, horrible, grotesco, casi movía a risa, de no ser por el miedo que sabía crear a su alrededor con su sola presencia, mala. Poco querido y de mal aspecto, pero abusivo y gandalla como él sólo; por fortuna, siempre quedaba la venganza lúdica (que no es poca), de recordar que su apodo le venía por estar “bien cagado”. Este, sobra decirlo, era uno de los apodos clasificados como innombrables, por obvias razones de seguridad y bienestar físico y moral.

⁵⁹ Periódico *la Opinión de Puebla* a 20 de diciembre de 1953

Capítulo IV

Una experiencia electrizante

Corregir a estos pequeños infractores implicaba el dominio de su cuerpo y su espíritu, su espacio, su tiempo, se les controlaba para encajar en los modelos sociales, pero también con fines productivos y de obtención de docilidad, qué mejor para estos fines que el trabajo. De modo que el tribunal contaba con varios talleres, destacan entre ellos, por su aporte económico, utilitario, y como capacitación para el trabajo, los talleres de carpintería, artesanías, y electricidad. Los talleres eran enormes salas rectangulares, en ellos habitualmente había un par de maestros aparte de los aprendices, el taller de carpintería, en un lugar como el penal, era una obviedad, de ahí salían muebles para autoconsumo, pero también otros para su venta al exterior, actividad económica que dejaba ganancias considerables, en este taller se manufacturaban mesas, escritorios, sillas, anaqueles, teatros de títeres, y otros. Algunos muebles se producían de ordinario, otros en cambio, se fabricaban bajo pedido.

La carpintería era un negocio no sólo autofinanciable sino lucrativo, la mano de obra era virtualmente gratuita, ya que a los chicos no se les retribuía económicamente, pues bastante ganancia tenían ya con que les dieran la oportunidad de aprender un oficio, y la madera que se empleaba, las más de las veces, era donada por diversos benefactores; sus muebles no sólo eran sólidos y bien manufacturados, sino que eran notorios por sus atractivos diseños y detalles, donde se ponía de manifiesto la creatividad de los muchachos, así entre sus clientes se contaban no solo particulares, sino empresas, y aún mueblerías; las escuelas tampoco faltaban en sus listas de clientes, ya fuera comprando mobiliario, o teatros para títeres, en esos años, una popularísima diversión y medio de difusión cultural.

Otro de los talleres más exitosos era el de artesanías, en él se elaboraban sobre todo piñatas, las cuales, en ese tiempo, por regla general, eran de olla de barro, ollas que no costaban gran cosa, pues las producían también en sus talleres, se forraban con papel de china, sus diseños eran variados, se hacían desde las piñatas clásicas de picos y estrellas, hasta muñecos. Naturalmente que era una industria que tenía su auge en diciembre, época en la que también se elaboraban aguinaldos, estos se manufacturaban con cartón y cartulina, forrados de papel crepé. Este taller ya tenía una clientela grande y bien ganada, que acudía en un principio a ellos con afán de ayudarlos, pero que, conquistada por sus trabajos, se volvía cliente habitual del Tribunal, además, los niños más confiables eran aprovechados para salir a la calle a vender sus productos, los cuales tenían gran aceptación entre el público.

Indudablemente, uno de los talleres más populares era el de electricidad, debido a que del taller de artesanías se mal decía que era un asunto de niñas dedicadas a las manualidades, y el de carpintería tenía fama de que trabajaban mucho por una nula retribución, es decir, que era una forma de explotación, en cambio, el de electricidad les parecía utilísimo, viril, además de que consideraban, que, en él, no trabajarían “como burros”. De hecho, mientras que en los otros talleres era difícil evadirse del trabajo, por obvio y práctico, en el de electricidad era más fácil flojear por la parte teórica y de atención que requiere su aprendizaje. Tomaban el curso de taller tres veces a la semana, durante dos largas horas, en ese tiempo, por el carácter de la especialidad, se combinaban la enseñanza teórica y práctica. Había días en que buena parte de la clase de dos horas, si no toda, y aún el tiempo de las clases siguientes, se dedicaba a copiar un diagrama en el enorme pizarrón que había al frente, cubriendo casi toda la pared del kilométrico salón. Eran diagramas de instalaciones eléctricas, llenos de infinidad de líneas y signos, a colores y en blanco y negro, que

representaban elementos de la instalación eléctrica de una casa, edificios, o talleres, gráfica que incluía, por supuesto, en alguna zona, el significado de tales símbolos. Eran tan tediosos y enormes estos gráficos (e incomprensibles) que era difícil que los muchachos realmente los copiaran, poco a poco su conversación con el compañero de al lado, se empezaba a animar, hasta que se olvidaban por completo de su labor. Parte de su calificación mensual en el taller, dependía de sus diagramas, se revisaba la libreta y se ponía en práctica lo aprendido, pues adosado a los otros muros, había extensas imitaciones de instalaciones eléctricas, montadas en tablas de perfosel, las cuales contenían focos, largas líneas de cables, cajas de registro, chalupa, contactos, apagadores, o enchufes; los estudiantes pasaban ante estos simulacros y recibían, como parte de su examen, la misión de hacer encenderse tal o cual foco, conectarlo como apagador de escalera, o bien dotar de energía a determinado enchufe de entre toda esa fantástica mezcla de alambres y porcelana, pues hay que recordar que en esos días, antes que el plástico, predominaba la porcelana, ya que ese y el aluminio eran minoría. La mayor parte de los estudiantes, ya frente al simulacro (llamado así sólo por ausencia de casa o edificio real, porque corriente eléctrica sí tenía) pecaban de ignorancia, y sabían claramente, eso sí, que una mala conexión provocaría un corto circuito, aparte del susto; ante este tipo de exámenes la expectativa era grande, todos los estudiantes estaban suspensos ante las maniobras del examinado, conectando o desconectando, no se escuchaba ni una voz, y no sólo por la expectación, o por la poca solidaridad de los compañeros, que los llevaba a no “soplarle” instrucciones a su camarada, pues nadie tenía la idea de cómo hacerlo, sino porque había auténtico suspenso. Finalmente, el alumno puesto a prueba declaraba listas sus conexiones, se dirigía al swich que dotaba de energía eléctrica a la instalación, y con nerviosismo y manos temblorosas (que traicionaban a sus habilidades y conciencia) levantaba la palanca. El

resultado fue otro: olor a plástico quemado, un fognazo, y alguna zona de la instalación se ennegrecía, quemada.

El maestro hacía una mueca, que quería ser una sonrisa, entre signos de satisfacción de quien ya anticipa un resultado, que serviría de ejemplo a sus alumnos, y de estremecimiento por el corto circuito, luego, procedía a explicar a todos, pero dirigiéndose sobre todo al examinado, el motivo de su fracaso; esto lo iniciaba interrogando al estudiante:

- *¿Ya viste qué falló? Explícalo-*.

El interrogado no tenía la menor idea de lo que había pasado, pero, ya habituado al proceso, con todo cinismo mentía:

-Sí. - contestaba - conecté mal el cable tal y tal, con este y el otro, y bla bla bla...

El maestro, con el placer que le da su superioridad sobre sus alumnos, y con la benevolencia que ésta convida, adoraba decirle al estudiante que estaba en un error, y procedía a dar su explicación, la cual todos fingían escuchar con atención y entender, ponían caras como debían ponerla los monjes al escuchar a su líder espiritual, de asombro, admiración, entendimiento, de unidad en la sabiduría del maestro, con el mundo, aunque no estuvieran entendiendo nada y sus mentecitas divagaran.

El taller era un lugar agradable, grande, altísimo, amueblado con grandes mesas de madera, tomada de árboles caídos, irregulares, caprichosas, era un lugar algo frío en ciertas temporadas, pero de un clima bastante aceptable durante casi todo el año, lo dirigía un maestro llamado Juan, hombre alto, recio, conocedor de su oficio, bueno, y un poco minado por el Parkinson, tenía un

ayudante mayor que él, pequeño, canoso, (es decir, en las áreas donde aún tenía pelo), bigotón, más observador y agudo, más difícil de engañar pese a su edad, se llamaba Nicolás, y también era un entendido en esos menesteres.

Taller menos práctico y “matado”, electricidad, era, con todo, útil para que los chicos más entendidos, se hicieran cargo de las instalaciones eléctricas de la institución, del mantenimiento a la bomba de agua, planchas, y otros utensilios. Ahí era posible aprender a reparar instalaciones eléctricas, electrodomésticos, hacer máquinas para probar corriente, y aún pequeños motores que servían para fabricar pirógrafos, que eran usados en el taller de pirograbado, taller notorio por el talento de los que ahí estaban, y por lo bien remunerado de su labor en el mercado, aunque a los estudiantes, cuando les hablaban de los asistentes a ese taller, la primera palabra que se les venía a la mente era: “jotos”.

La diversión no les era ajena a estos “electricistas”, su juego favorito consistía en que, si llegaban a salir ambos maestros, lo cual era bastante regular, todos se ponían de pie de inmediato, unos emocionados y divertidos, otros de mala gana y asustados, y ambos bandos por la misma razón. Iban a jugar uno de esos juegos “de hombres”. Los salones de taller eran enormes, pero también eran muchos los alumnos, suficientes para que el más osado se colocara junto al mayor simulacro de instalación eléctrica, tomara uno de los dos cables donde se iniciaba la corriente, los demás se tomaban de las manos a todo lo largo de la sala, hasta cerrar el último el círculo, tomando el otro cable, llegando al lado del primer muchacho, el último, no menos osado, gritaba “¡Contacto!”... y frente al frenesí, risas nerviosas, y caras de espanto, subía el swich. La descarga eléctrica recorría a todos, sacudiéndolos, aturdiéndolos, glorificándolos; nadie se rajaba, nadie se atrevía a hacerlo, pero más que por temor a las represalias, por amor propio, era una de esas “cosas de hombres”

de aquellas que se hacen para seguir siendo llamados hombres, finalmente, alguien rompía el circuito, literalmente, y maltrechos, pero gloriosos, aún asustados y nerviosos, pero riendo y satisfechos, volvían a sus lugares, era, realmente, una experiencia electrizante.

Capítulo V

La oración del silencio

Cuando el niño era niño,
era tiempo de las siguientes preguntas:
¿por qué soy yo y no soy tú?,
¿por qué estoy aquí y no allá?
¿cuándo empezó el tiempo,
y donde termina el espacio?,
¿es la vida bajo el sol sólo un sueño?
Win Wenders
“Las alas del deseo”

“Desviados”, “perversos”, eran enviados a las instituciones correccionales, no sólo como castigo, sino para “ayudarlos a corregir sus desviaciones”. Este dominio de cuerpo y alma implicaba el trabajo, los castigos, pero también la educación.

El Instituto de Prevención Social para Menores, tiene por objeto, corregir todas las formas de inadaptación o incapacidad en menores de 16 años, originadas por causas biológicas o sociales y que tienden a hacer de esos menores, seres inadaptados a las exigencias de la vida social.⁶⁰

Apenas despertados a las 5:30 de la mañana, y una vez realizados sus quehaceres y desayunados, los chicos eran enviados a clases a partir de las 8:00 de la mañana, en esos días las materias eran más específicas, tomaban

⁶⁰ *Periódico Oficial del gobierno del estado de Puebla*, 01 de abril de 1939, decreto emitido durante el gobierno constitucional de Maximino Ávila Camacho, Y aunque si bien para lograr este objetivo (al menos en el discurso), era necesario no castigar, sino obtener su rehabilitación, a través de un tratamiento pedagógico, esto se puede observar en este decreto.

así, cursos de Aritmética, Geometría, Geografía, Historia, Lengua nacional, pero especialmente se haría énfasis en el Civismo, poco antes del medio día , a las 11:00 AM, después de haber recibido 4 o 5 clases, tenían un recreo de media hora, para posteriormente volver a clases hasta las dos de la tarde, se tomaba un nuevo receso, a la espera de la comida, para volver a clases de 3 a 5 PM. Reglamentar la vida, el tiempo, imponer una serie de obligaciones, responsabilidad, pero también derechos, la forma no es nueva; desde el siglo XIX, se establecieron este tipo de reglamentos, para la casa de jóvenes delincuentes de París:

Art. 17 La jornada de los presos comenzará a las seis de la mañana en invierno y a las cinco en verano. El trabajo durará nueve horas diarias en toda estación. Se consagrarán dos horas al día a la enseñanza. El trabajo y la jornada terminarán a las nueve en invierno y a las ocho en verano.

Art. Comienzo de la jornada. Al primer redoble del tambor, los presos deben levantarse y vestirse en silencio, mientras el vigilante abre las puertas de la celda. Al segundo redoble, deben estar de pie y hacer la cama, al tercero, se colocan en fila para ir a la capilla, donde se reza la oración de la mañana. Entre redoble y redoble hay un intervalo de cinco minutos.

Art. 19. La oración la hace el capellán y va seguida de una lectura moral o religiosa. Este ejercicio no debe durar más de media hora.

Art. 20 Trabajo. A las seis menos cuarto en verano, y a las siete menos cuarto en invierno., bajan los presos al patio, donde deben lavarse las manos y la cara y recibir la primera distribución de pan. Inmediatamente después, se forman por talleres y marchan al trabajo, que debe comenzar a las seis en verano y a las siete en invierno.

Art. 21 Comida. A las diez, abandonan los presos el trabajo para pasar al refectorio: van a lavarse las manos en los patios, y a formarse por divisiones. Después del almuerzo, recreo hasta las once menos veinte.

Art. 22. Escuela. A las once veinte, al redoble del tambor, se forman las filas y se entra a la escuela por divisiones. La clase dura dos horas, empleadas alternativamente en la lectura, la escritura, el dibujo lineal y el cálculo.

Art. 23. A la una menos veinte, abandonan los presos la escuela, por divisiones y marchan a los patios para el recreo.

Art. 24. A la una menos cinco, al redoble del tambor, vuelven a formarse por talleres: el trabajo dura hasta las cuatro

Art. 25. A las cuatro se abandonan los talleres para marchar a los patios, donde los presos se lavan las manos y se forman por divisiones para el refectorio.

Art. 26. La comida y el recreo que la sigue duran hasta las cinco; en este momento los presos vuelven a los talleres.

Art. 27. A las siete en verano y a las ocho en invierno, cesa el trabajo, se efectúa una última distribución de pan en los talleres. Un preso o un vigilante hace una lectura de un cuarto de hora que tenga por tema algunas nociones instructivas o algún rasgo conmovedor y le sigue la oración de la noche.

Art. 28. A las siete y media en verano, y a las ocho y media en invierno, los presos deben hallarse en sus celdas después de lavarse las manos y de haber pasado la inspección de las ropas hecha en los patios. Al primer redoble del tambor, desnudarse, al segundo, acostarse. Se cierran las puertas

*de la celda y los vigilantes hacen la ronda por los corredores para cerciorarse del orden y del silencio.*⁶¹

La educación formal se combinaba con la religiosa, de la misma forma que el trabajo se mezclaba con ocupaciones religiosas, como la asistencia a misas. Así, a las 6:00 PM era la hora del rosario, el cual se realizaba en el auditorio y era dirigido por alguna de las catequistas.

Había tres maestros, los cuales completaban todo el curso correspondiente a la educación primaria, no necesitaban mucho más, pues, aunque algunos ya habían rebasado la edad a la que ésta correspondía, pocos en realidad tenían estudios. Los cursos correspondientes para los grandes, los impartía la maestra Teresita, alta, delgada, simpática, no era especialmente bonita, pero sí una mujer joven, solía vestir de falda negra y blusa de colores; atributos todos que le hicieron merecedora, y muy justamente, a que más de uno de sus estudiantes le propusiera matrimonio, los otros profesores a su vez impartían clases a tercer y cuarto grado; y el quinto y sexto, cada uno tenía a sus propios alumnos en un mismo salón, aunque separados por grandes.

Los internos recibían educación religiosa, tomaban catecismo, es decir, eran preparados para realizar su primera comunión; de hecho, a iniciativa de sus catequistas, se les empezó a llevar a misa los domingos, los lugares a los que asistían para este propósito eran: la iglesia de la Compañía, Catedral, o Santa Clara, se les llevaba como una auténtica cuerda de prisioneros, vigilados,

⁶¹ La. Faucher. De la reforme des prisons, 1938 en Foucault, Michel "Vigilar y Castigar" Nacimiento de la Prisión, Traducción: Aurelio Garzón, México Siglo XXI, 1996 p.p. 274-282.

durante el recorrido y la ceremonia, por celadores⁶², policías y maestros. Al terminar su preparación religiosa, los niños realizaban su primera comunión, ceremonia que era celebrada por todos y recibían con gusto, no porque de verdad fueran fervorosos creyentes, sino porque sabían que las primeras comuniones significaban: tamales, pan de dulce y chocolate.

La parte medular de su educación cívica eran las ceremonias, las cuales se realizaban los lunes, (sin excepción) y en fechas especiales. Debido a la naturaleza de los internos: menores rebeldes y desordenados, éstas eran francamente caóticas, de modo que, a pesar de su fervor patriótico, el cual era auténtico, resultaban, en lugar de serias, francamente cómicas (con perdón de nuestros símbolos patrios). Algunos de los chicos aún recuerdan una de las más caóticas: al entonar el himno nacional, algunos “se perdieron”, otros no recordaban la letra, el himno era cantado apoyándose en un disco, el disco al empezar a correr no sonaba, la aguja parecía atorada, después, con un salto se liberó y empezó el himno a mitad de la primera estrofa; esto provocó confusión entre todos, los cuales trataron de continuar pese a la sorpresa, siguiendo al disco, el hábito de cantarlo en su orden regular, y el salto que éste había dado originó una enorme confusión. La escolta se movía dispersa, a despecho de las órdenes de quien la dirigía, el cual, frenético al ver el caos, empezó a gritarles las instrucciones (y algunas palabras poco propias para la formalidad de la ceremonia), esto aumentó el caos en lugar de ayudar, además, estaba agripado, y en su frenesí, al gritar sus instrucciones, tratando de hacerse oír en medio del caos y de las risitas que ya empezaban a circular, no pudo controlar el aire y sus fluidos al mismo tiempo, así que se le formó una enorme burbuja de moco en la nariz; fue demasiado, a esto siguió la hilaridad, incluso de las

⁶²*Periódico Oficial del gobierno del estado de Puebla*, 01 de abril 1938. Artículo 20. Para los celadores. Para poder trabajar dentro de este instituto, deben ser mayores de veinticinco años, no tener vicios, tener buena conducta y ser casados, en: Ley del Tribunal para Menores.

autoridades del instituto; el pobre líder de escolta tuvo que soportar las burlas durante las siguientes semanas.

Capitulo VI

La sangre y el hierro

“No te podrás hacer el peinado de moda, pero al menos, prestarás un servicio a la comunidad: los demás podrán leer su futuro en tu pelona”; solía decir con sonrisa perversa el peluquero del reclusorio, nadie sabía cómo se llamaba, y era una de las diez mil cosas de este mundo que no les interesaba, las visitas que le realizaban eran esporádicas, breves, contundentes: pelaba a rape. Los internos le conocían como el pollero, debido a unas tijeras enormes, pesadas, café, y casi sin filo que usaba para peluquear a los internos, tijeras de pollero, de esas que usan para romper hueso, cartílago y carne de sus pobres víctimas, en esos casos los pollos, en éste, los internos.

“El pollero” era respetado y no precisamente porque tuviera gran autoridad moral, sino porque todos estaban expuestos a sus estados de humor; si estaba de buenas se apresuraba y, entre chistes perversos, la visita concluía rápidamente; pero si por desgracia estaba de malas, apenas veía a su víctima, le ordenaba sentarse en la silla de madera que utilizaba, hurgaba en los cajones de una especie de medio tocador con espejo, empotrado en la pared, que corría por casi toda la pared, y que se reflejaba en tres o cuatro espejos que había en el muro de enfrente, buscaba encontrar lo que deseaba: una navaja con mango de madera, grande, pesada, y con su filo gastadísimo, que en malas manos no sería terrible como arma punzo cortante, pero sí como arma contundente, su cliente le observaba con azoro a través de los espejos, pues solían colocar la silla de espaldas al tocador, verlo hurgar en los cajones y escuchar el ruido que hacía al revolver, les ponía los pelos de punta (¡vaya una expresión apropiada!), pero más tensión provocaba ver a través de los espejos su expresión: concentrada, silenciosa, tan diferente a su actitud burlona, que aún sus chistes más sádicos, y siempre a expensas de sus

usuarios, se extrañaban, en esos momentos, por alguna extraña razón, tal vez por una brutal ironía, la víctima en turno, no podía dejar de observar los carteles con modelos de peinados que había en los espacios libres entre los espejos, donde se ofrecían, a elección, sofisticados cortes de cabello de la más diversa variedad. El peluquero, navaja en mano, sujetaba con la otra un trozo de cuero que pendía de un arnés, le tensaba, alejando su brazo del cuerpo, y pasaba la navaja a través de él algunas veces, de un lado a otro, de arriba abajo, en un acto ritual más que práctico, pues la tal navaja estaba embotadísima y con unos pasones no la afilaría, parecía más bien dispuesto a descargar su ira en el dolor ajeno, era como si la víctima fuera él mismo y se preparara para el sufrimiento, para la expiación. Tomaba el mechón de cabello y lo cortaba con la navaja, si los tirones de su tijera mal afilada, y en la que se atoraban los cabellos, dolían, el corte con la navaja era un castigo realmente drástico (de hecho se me ocurren muchos candidatos a quienes debiera aplicárseles), cortaba con la navaja hasta que ya no podía tomar mechones de cabello, para entonces la cabeza del peluqueado se veía toda mordisqueada, y con los pelos parados por lo corto, venía la segunda etapa: usaba una especie de agua jabonosa que esparcía por la cabeza casi con ira, si no fuera porque era más bien un acto despectivo a sus circunstancias vitales, que parecieran espejarse en la cabeza trabajada, no le importaba que el agua, cosquilleando, escurriera por el rostro, una vez húmedo el poco cabello que quedaba, apoyaba la navaja en la cabeza y la empezaba a deslizar lentamente contra la piel, como si ésta fuera su auténtico cuero de afilar, repetía la operación hasta que caía el último cabello, luego de eso, cuando toda la cabeza dolía por los jalones, raspones, y cortadas, venía el toque final, la cereza de su pastel, pues todo el proceso anterior no había sido sino el largo camino a su catarsis personal; singular, única: tomaba del medio tocador un frasco, era algún tipo de loción que se vaciaba generosamente en sus manos, que distribuía en ellas con cara de placer, nadie sabría decir que le causaba más gozo, si la frescura del líquido, el finalizar su

trabajo, o el mal rato (el más duro), que aún haría pasar a su cliente, era el único momento en que miraba por el espejo fijamente al rostro de su cliente, el cual no podía ocultar su desasosiego; sin dejar de mirar a su víctima, untaba la loción de sus manos por toda la cabeza, los chicos se hacían los valientes, retenían el aliento y endurecían las facciones...cerraban los ojos, como ya todos conocían al pollero se iban preparando mentalmente para superar cada etapa del proceso, casi podría decirse que al llegar a ese momento, tenían la mente en blanco para soportar el dolor, de no ser porque a todos les pasaba una idea a través de ella:...”pinche peluquero hijo de ...”.

Alcanzada la catarsis, la suya claro, toda era amabilidad, secaba suavemente la cabeza con un trapo, sacudía servicialmente los cabellitos caídos con un pequeño escobillón, le volvía la sonrisa a los labios, junto con sus chistes perversos, pero tranquilizantes: “ya estás listo para tu cita con los piojos, y ¡peinado para la ocasión ¡”

Al salir, los niños se daban prisa para alejarse de allí, no para llegar hasta sus compañeros, pues les esperaban las burlas crueles, las sobadas de cabeza, y las risas. De inmediato pedían regresar a las actividades, ni siquiera les hacía falta mirarse al espejo para ver como habían quedado: pelones y horribles, la loción les había hecho saber donde estaban raspados y dónde tenían cortaduras, el dolor de cabeza por los tirones les duraba un buen rato.

Veces había en que al pollero le bastaba pelarlos a casquete corto, “look “, en aquellos días, nada extraño, pues era casi lo regular para los estudiantes, pero la amenaza de piojos era tan común, y su aparición tan regular, que por una mínima medida sanitaria se rapaba de vez en vez a los internos, a menudo se oía hablar de piojos blancos, negros, y liendres, a la fecha no sabría distinguir uno de otro, y no les importaba de que color fueran, pues igual mordían.

Con todo, ser humano al fin, él pollero tenía sus rasgos de humanidad (al menos uno), cierta vez, al hacerme pequeña peluquería, de cristal y posters adosados a las paredes, no pude dejar de observar, arrumbada en uno de los rincones, una bolsa café, húmeda, brillante, casi transparente con la grasa que amenazaba con romperla; era un paquete inconfundible: comida, al sentarme en el lugar acostumbrado, me llegó el penetrante e irresistible olor del pápalo, el pan, el queso de hebra, el untuoso aguacate, la picante cebolla, bañados todos, incluyendo a la estrella: una milanesa deleitosa, en grasa, no podía apartar mi mirada del paquete, doblado de forma rectangular, en dos o tres dobleces, que junto a algunas migajas alrededor, me hacían notar que ya sólo eran restos de su contenido original. El peluquero al ver mi ansia no pudo más, y suspendiendo su trabajo, me ofreció el pequeño paquete, alegre, un poco cohibido, y aun más sorprendido abrí el paquete, era poco más de la mitad de una cemita, que, en su rotunda, redonda completud, debió ser espléndida; pudo más el hambre, el antojo, que mi dignidad, rápidamente la devoré. Hoy, al pensar en eso, al recordar esa hambre y antojo voraz, la velocidad con que me comí la cemita, la cara curiosa, satisfecha, del peluquero de verme hacerlo, no puedo dejar de pensar, de hallar un significado, en algo que para muchos es un convencionalismo, una frase hecha; pues ese día, literalmente, comí, como “pelón de hospicio”.

La peluquería también hacía las veces de taller, al menos nominalmente, nunca vi a alguno de los chicos tomar alguna clase, o si las llegaron a tomar, no creo que aprendieran mucho, ni que tardaran demasiado en hacerlo, pues la limitada técnica del “maestro peluquero” fijaba límites bien claros, pero `poco estéticos a su arte: había que elegir entre pelón y ¡bien pelón! Nunca vi a los empleados del internado cortarse el pelo ahí, pese a que era bien sabido que para ellos el servicio era gratuito, y no sabremos nunca si era por temor a los piojos o más

bien al peluquero. En días en que los peinados, por estrambóticos que parezcan, no causan extrañeza, y en que están casi extintas las antiguas peluquerías, para ceder espacio a las autonombradas “estéticas”, que desconocen la diferencia entre cortar o arreglar el cabello a una mujer o a un hombre, sitio donde estos últimos han perdido uno más de sus reductos: la peluquería, lugar de masculinidad donde se hablaba de box, beisbol, política, o fútbol, todos territorios vedados a las mujeres, sitio donde no existían las actuales secadoras o el gel, en donde la televisión o el radio sintonizaban noticias y deportes y no telenovelas, donde abundaban las revistas sensacionalistas, de luchas, o los inefables cuentos, en lugar de revistas del corazón. Se echan de menos las casi extintas peluquerías, que hoy parecen tan obsoletas, con todo, no estábamos tan primitivos, teóricamente nuestra vieja peluquería era también, aunque de manera forzada, una estética unisex.

Capítulo VII

Malos hábitos

Astronautas, soldados, piratas, ladrones, bomberos; personajes todos que convergen en el reclusorio, en los juegos infantiles, sin olvidar, claro está, al popularísimo (en esos días) béisbol y fútbol; diversiones exuberantes, plenas, lúdicas... y bien sucias, cuando no peligrosas. Estas actividades, junto a otras, como el trabajo, el aprendizaje en talleres, o los deberes que el reformatorio exigía, hacía vulnerables a los chicos, no sólo en su higiene y salud, sino en su seguridad, esto sin mencionar los malos hábitos de limpieza que muchos de ellos arrastraban, como la falta de costumbre de lavarse las manos después de ir al baño, jugar, o trabajar en los talleres, el “olvido” de cepillarse regularmente los dientes, o su aversión por bañarse.

La población del internado era vulnerable a auténticas epidemias, desde gripe, hasta infecciones, o las desagradables, y difíciles de erradicar, invasiones de parásitos. En estas condiciones las medidas de seguridad, higiene, y salud, eran una prioridad.

A cada interno, desde su llegada, se le enviaba a la enfermería, se revisaba su estado de salud y, en espíritu de prevención, se le vacunaba, particularmente contra el tétanos, pues por su edad y actividades, los niños eran asiduos a los accidentes y a la enfermería, se aprovechaba, además, su presencia para desparasitarlos y hacerles tragar algunas vitaminas. Estas revisiones se volvían periódicas, igual que las vacunas y las vitaminas, a esto también se sumaban las visitas regulares al dentista.

Una vez que el interno salía de la enfermería, era enviado a la peluquería, ahí se le cortaba el pelo, a rape. Esto, en un lugar como el internado, era una

medida de sanidad mínima, forzada por la constante aparición de epidemias de piojos, blancos o negros, y liendres, pues los niños en su inocencia y buena voluntad, no estaban para andarlos discriminando. Tras su visita a la peluquería, el recién llegado era guiado a los baños; allí le proporcionaban ropa limpia, exterior e interior, calcetines, camisa blanca, y un overol de mezclilla negra, su ropa vieja les era retirada y a veces quemada en la caldera, esto en prevención, claro está, de que estuviera infestada de parásitos. Recibida su ropa, el nuevo miembro de la comunidad era bañado cuidadosamente, se le observaba al hacerlo, para darle nuevas indicaciones para un aseo adecuado, terminada la labor se vestía, y era conducido a los dormitorios.

A partir de su primer baño, tenían que tomar su baño cada tercer día, para ello había ocho regaderas a disposición de los internos, de modo que se iban bañando por grupos, en esos días, en los años cincuenta, en la zona centro, no escaseaba tanto el agua.

El baño era gratísimo para algunos, pero para otros era un infierno, bañarse cada tercer día rompía un poco la monotonía, era una buena oportunidad para jugar con el agua y bromear; el baño era un lugar y momento de socialización, no era un simple ejercicio de limpieza, sino un auténtico despliegue de manifestaciones sociales, individuales. La forzada compañía de un grupo ayudaba a la creación de relaciones, al intercambio de ideas, al mutuo conocimiento, alimentar preferencias o aversiones. Allí se comunicaban chicos que en circunstancias normales tal vez no lo harían, circulaban los chismes, y aún se padecían los mecanismos de dominio.

Durante todo el proceso del baño eran notorias las tecnologías de poder, especialmente tratándose de puros hombres, desde el momento de desnudarse: gordos, flacos, eran objeto de crueles burlas, al igual que aquellos

que pudieran tener cicatrices o “defectos”. Ya desde niños y adolescentes se liga la masculinidad con la forma y tamaño de sus órganos sexuales, siendo objeto de burlas aquellos que mostraban algún tipo de particularidad, en cambio, aquellos que estaban mejor formados y “dotados”, disfrutaban de la admiración y el respeto de los otros, el baño tenía que ser apresurado, pues se hacía “cola” para poder utilizarlos, aunque, claro está, que había quienes de buena gana habrían renunciado a bañarse.

En cuanto al aseo de la ropa, se utilizaba jabón lejía, olía mal, pero era eficiente y barato, se ponía a hervir la ropa en unos cazos en pleno patio, dadas las condiciones sanitarias del lugar, y su propensión a infecciones y parásitos, se les agregaba DDT, todo hervía junto.

El uso continuo de los baños hacía imperativo un aseo regular, actividad que a todos les ponía los pelos de punta, pues no se trataba sólo del aseo de las regaderas, sino de los orinales y excusados, naturalmente que la limpieza de estas instalaciones era uno de los castigos más socorridos, y temidos de la institución. Aquellos pobres desgraciados, que tenían la mala suerte de ser castigados con el aseo de los baños, ya sabían lo que les esperaba: retretes rebosantes; la población era abundante, mal educada, poco higiénica, e infantil, de modo que los baños eran ensuciados de formas realmente inverosímiles, perversas. Los chicos sabían claramente que, hicieran lo que hicieran, acabarían, literalmente, embarrados, así que de los males tomaban el menor, y aún al asco obligatorio le encontraban su parte lúdica; era tal la forma en que los baños se ensuciaban, que lavarlos con una herramienta normal era absurdo, como un cepillo para lavar, por ejemplo, se usaban grandes escobas, botas de hule, agua.... y manguera.

Equipados de esta forma lavaban pisos, paredes, aunque lo primero que se aseaba, eran los excusados, hay que tener en cuenta que había algunos excusados que se tapaban, estos además de ser un problema, eran motivo de diversión para quienes quedaban en la lamentable situación de lavar; así pues, con una manguera a presión, el chico se acercaba al hueco del excusado y gritaba: ¡va el agua!, arrojaba al interior el potente chorro que llegaba a presión, su fuerza destapaba el excusado, pero su contenido saltaba por todos lados, pues los baños no tenían la parte superior de la pared; al escucharlo, todos corrían como locos para evadirse de la salpicada, esfuerzo infructuoso, claro está. Naturalmente que terminada la limpieza de paredes, pisos, y techos, en parte sucios por el juego del destapa caños, no les quedaba a los chicos otra operación, que nuevamente darse un baño.

Junto con la ropa que les daban a su llegada, también les proporcionaban zapatos, “tanques” les llamaban ellos, pues eran unos zapatos vastos, baratos, resistentes, hechos con suela de llanta, potente calzado que no sólo parecía indestructible, sino que tenía el plus de proporcionar una velocidad imposible de alcanzar con un zapato normal, y de posibilitar dar saltos inverosímiles, todo gracias al exceso de hule que los conformaba, eran, además, antiderrapantes, pues el dibujo de la suela impedía esto junto a su goma, tan densa, que en ciertas superficies muy pulidas, en vez de patinar, lo chicos casi se quedaban pegados al suelo, además, por ser tan burdos y de goma, eran prácticamente herméticos, lo cual a su vez no dejaba de tener efectos negativos (no podían ser perfectos), provocaban excesiva sudoración, mal olor y, naturalmente, debido a la humedad, hongos, es decir: el popular pie de atleta, que en el internado era curado untando una mezcla de crema con azufre.

Además de esto, los chicos debían de estar presentables, así que tenían que planchar su ropa, para esta labor, había tres planchas en la enfermería, ésto no

sólo ayudaba a la higiene y buena presencia sino, que tenía la intención de formarles buenos hábitos, aunque no faltaba el cínico que confesaba que, para ahorrarse esa tarea, mejor se casaría. Ahora bien, esta era la forma más adecuada de mantener la ropa libre de arrugas: “planchar”, pero había a quienes tal labor les provocaba hastío, un verdadero dolor de cabeza, así que después de lavar la ropa, recurrían a colocarla en unos cartones, bien extendida, previamente sacudida, la dejaban secar, y de vez en cuando revisaban su ropa todavía húmeda, para estirar más y más, hasta que se secaba y listo, casi sin arrugas para no planchar.

Capítulo VIII

Ríanse, que es cosa seria

Cuando el niño era niño
jugaba entusiasmado
y ahora se concentra como antes...
sólo cuando se trata de su trabajo
Wim Wenders
“Las alas el deseo”

Es el reino de la niñez, olor a rebeldía, que se confunde, se entrelaza, la ansiedad palpitante se respira, se escucha, aún bajo la” atmósfera fría, más sin asfixiarles, dejás que los días se consuman entre risas y llantos, su anhelo de sobrevivir. Su ansia también compenetra con la obligación. Más en la posibilidad de su espacio, la lucha persiste, el alma no olvida, reclama, se infla y grita: ¡soy niño!. Niño nacido del mundo material, en el seno de la cultura perpetuada entre los albores de los pueblos, de las épocas, identidad cultural, signo de vivencia, sociabilidad, representación cultural, aún en los espacios más escondidos, donde la oscuridad rodea, más no mata. Ahí, en ese escenario, el juego:

Fenómeno cultural que traspasa los límites de la ocupación biológica o física, es una función llena de sentido, elemento inmaterial, esencia, ocupación vital, descarga de un exceso de energía vital⁶³,

Se respira, transpira a través de los poros, de siluetas que reclaman su existencia. En él se abandonan del mundo real, se vuelve irracional, abarca el mundo animal y el humano, lejos de una conexión racional⁶⁴.

⁶³ Huitzinga, Johan, “*Esencia y significación del juego*” *Homo ludens*, Historia, Alianza/Emecè, Buenos Aires 1876, p.12

De esta manera Johan Huitzinga reafirma:

El juego es una ocupación y acción libre, que se desarrolla dentro de unos límites temporales y espacios determinados, según reglas absolutamente obligatorias, aunque libremente aceptadas, acción que tiene su fin en sí mismo y va acompañada de un sentimiento de tensión y alegría y de la esencia de ser de otro modo, *evasión de un mundo violento*, que es la vida corriente. Definida de esta suerte el concepto parece adecuado para comprender todo lo que denominamos juego en los animales, en los niños y en los adultos, juego de fuerza, habilidad, juego de cálculo y de azar, exhibiciones y representación. Esta categoría juego, parece que puede ser considerada como uno de los elementos espirituales más fuertes de la vida.⁶⁵

El juego se impone, navega en sus pensamientos, en esa necesidad de reinventarse, entra lo sustancial, lo animado convertido en diversión. Aún las grandes ocupaciones, de convivencia humana, están impregnadas de juego, la palabra también entra en contacto con él: “jugando, fluye el espíritu creador del lenguaje, de lo material a lo pensado. Tras cada expresión de algo abstracto hay una metáfora y tras ella un juego de palabras”.⁶⁶ Choque de violencia y realidad contra mundos imaginados, así, los niños inventaban, recreaban, recordaban, por ejemplo, a lo más simple podían encontrarle un sentido, un juego de palabras, una metáfora, que las más de las veces terminó siempre con las risas, clímax del juego de palabras representado así:

- ¿De qué está hecho tu uniforme?

-De tela unto.

⁶⁴ Ibidem p.14

⁶⁵ Ibidem p. 16

⁶⁶ Idem

El lenguaje, en un espacio público y privado revela, también la vida sexual de un barrio, no se hace notar de forma sistemática que nos revelaría su plena transparencia. Al contrario, se manifiesta mediante breves destellos.⁶⁷

No es casual que por definición la ironía sea una figura literaria donde significamos lo contrario de lo que decimos.

Ser mal pensado es más que la pericia de la práctica irónica sobre el lenguaje que entiende o da a entender un sentido obsceno mediante el juego de la entonación, la sugerencia de la risa, la puntuación, el esbozo de un gesto. El hablar sobre sexo es de cierta manera pronunciada al mismo tiempo en el registro de la trasgresión, es decir, de la tolerancia en acto que autoriza la circunstancia dentro de la cual se efectúa.⁶⁸

De esta forma el lenguaje “entra en juego”, el placer de los oradores desborda.

Esta condición particular del lenguaje sexual se debe a múltiples causas. Se evocará finalmente al peso de las limitaciones morales, religiosas, tradicionales. Para eso no basta para aclarar en lo profundo el problema de la sexualidad pública que, con todos sus bordes no pueda dejar de tocar el problema de lo prohibido. Ahora bien, la transcripción social se expresa mediante comportamientos que se articulan más o menos en torno al concepto del pudor, el cual no debe percibirse como una exclusión del sexo, sino como la posibilidad de ingeniárselas como lo prohibido, entonces es posible tener un habla sexual velada, indirecta, es decir, no coherente, de manera que en todo caso la comunicación no se corte.⁶⁹

⁶⁷ Certeau, Michel de, op cit, p. 24

⁶⁸ Ibidem p. 25

⁶⁹ Ibidem p. 28

El juego, lleno de sentido vital, la más de las veces de inocencia, donde el cuerpo y la mente de los niños se abandona, para descargar en él su exceso de energía, además de haber sido antecedente de la cultura: “la cultura surge en la forma de juego, al principio es juego lúdico. La cultura no se transmite en él, sino en sus raíces primeras tiene algo de lúdica, es decir que se desarrolla en la formas y animación del juego. Así cuando una cultura se desarrolla, está en relación entre juego y no juego”⁷⁰, de este modo el juego se convierte en un espectáculo de representación cultural. También se verá en él, que no es individual, sino social, sintetizado cuando dos grupos se enfrentan; así la competición y la exhibición surgen como diversión cultural, *aunque no precede a la cultura como el juego en sí*⁷¹

La parte esencial del juego, “jugar por jugar”, diversión lúdica, signo vital de la niñez, es así, a veces, común, cuando entre sus rasgos tiene el de ofrecer un espectáculo inocente, por muy rabioso y encarnizado que sea; es inocencia: “Se entra al juego por el juego”, es decir:

No importan las canicas, lo que importa es el juego, son compañeros de juego y quieren serlo, además cuando existen espectadores, también se interesan por el desenlace. Algo está en juego. Este algo no es sin embargo el resultado material del juego, por ejemplo, que la pelota se quede o no en el agujero, sino el hecho ideal de que el juego salió bien. Este “Salir bien” proporciona al jugador una nueva satisfacción que puede mantenerse, así en más o menos tiempo. Este sentimiento de satisfacción aumenta con la presencia de los espectadores.⁷²

⁷⁰ Huitzinga, Johan, “Esencia y significación del juego” Homo Ludens, Historia, Alianza/Emecè, Buenos Aires 1876, p. p. 11-17

⁷¹ Ibidem p. 72

⁷² Idem

*Si bien es importante ganar*⁷³, lo más importante es jugar, convertir el juego en un ritual. Sin embargo, en un lugar cerrado, lleno de imposiciones, obligaciones, reglamentos, adecuación de una forma de ser y pensar, formas que los arrastran a la búsqueda de un nuevo *ser*, inmerso en la responsabilidad, en un ambiente encarnizado, melancólico, sufrido, lugar de hacinamiento, opresivo, a veces acogedor, el juego no sólo es por esencia “jugar por jugar”, la lucha punible por sobrevivir, olor a violencia y a niñez, tiende a convertirse en lo abstracto del juego mismo: la pérdida de la inocencia.

Dentro de esta pérdida de la inocencia, la glorificación no basta, no importa jugar para dar un buen juego, sino tener que hacerlo bien para comer, para el caso del Consejo Tutelar, es el momento dentro de su espacio, para imponerse, para sobrevivir, mitigar el hambre. Si bien es coronado el que gana, no siempre la victoria se obtiene de la forma más honrosa, y el premio no siempre es el centro de la victoria, importa el simbolismo encerrado en el premio, pero importa más ganar para comer, sobrevivir.

*Ganar significa siempre la reacción positiva cuando se juega ante otro, ganar significa mostrarse, en el desenlace del juego, ser superior a otro, muestra la superioridad y esta propende a convertirse en una superioridad*⁷⁴; en general aquí se ha ganado más que el juego. Gracias al juego, el vencedor se impone, come mejor y con ello se impone, protege a sus allegados.

La lucha vista desde el juego es así, vital; durante el encierro, aunque es difícil abandonar la niñez, la necesidad del hambre, de vivir, de imponerse, de ser respetado, obliga hasta al más tímido a formar parte del juego. El juego más común, es un espectáculo sagrado en el Tutelar para Menores, no por bello ni

⁷³ Ibidem p. 73

⁷⁴ Idem

sublime, sino por la lucha, es el alma ansiosa por conservar la vida misma, fiesta donde los dados y las cartas, la astucia o la fuerza física, se convierten en los elementos básicos del juego. Los aros, los cochecitos, los soldaditos quedan en su espacio, muy lejos de sus ojos y manos.

Dentro de ese nuevo orden social, el ingenio es palpable para los niños, aún cuando el material es escaso, logran configurar materialmente los dados y las cartas, las reglas surgen, y el posible trofeo se pasea por el comedor a la hora de la merienda. Se dirá:

-*Juego barajas conmigo, ¿te avientas?*

-*¿De a cómo?*

-*De a cuarto de zoria (tortilla), o medio soruco (bolillo)*

-*No, mejor de a media zoria*

-*Sale*

En los sistemas de juego como práctica cultural en este espacio social, surge una norma: la conveniencia. *“La conveniencia resulta groseramente comparable al sistema de apuestas, en los juegos de cartas; es, en el nivel de los comportamientos, un compromiso por medio del cual cada uno, al renunciar a la anarquía de los impulsos individuales, da anticipos a la vida colectiva, con el objeto de reiterar sus ganancias simbólicamente, necesariamente diferidas en el tiempo, con este precio debe pagarse, sabe hallarse, es conveniente, el usuario se convierte en un socio de un contrato social que se obliga a respetar a fin de que la vida cotidiana sea posible”*⁷⁵. De esta forma se relaja la convivencia, hay pactos sociales, equilibrio, coexistencia en su pequeña sociedad derivada de una necesidad de sobrevivencia.

⁷⁵ Certeau, Michel de, op. cit., p.p. 6-7

Por las mañanas, en los pasillos, mientras los celadores no los ven; a la hora de los descansos, escondidos en los rincones del edificio o confundidos entre la multitud de niños que, aún arrebatados por la promesa del espectáculo, aguardan recelosos el encuentro; o bien en los dormitorios, por las noches, cobijados en el escenario de la cama, luchan mediante el juego. Las reglas serán: “El vencedor tendrá su trofeo a la hora de la jaria (comida) y si no ¡Ya verás!”. Los pequeños desafortunados, tenían que dar su parte perdida al ganador, claro, aunque no siempre fue así, algunas veces el vencido, se negaba, y la parte ofendida, entonces, hacia estallar su cólera, sus venas hervían, flameaba su ansiedad, enojo, rabia, y en un abrir y cerrar de ojos, en pleno comedor se lanzaba a golpear gritando:

-Necio, ora verás como has de comer-, el final no fue otro, el celador con fusta en mano llegaba a poner orden. El infractor a las reglas del juego no sólo llegaba a salir deshonrado, por su rival o por el látigo del celador, perdía también la confianza y respeto de los otros.

Decir que, durante el encierro, la atmósfera abrumada por la pena empujó a estos pequeños a dar un giro a sus vidas, olvidando la infancia, perpetuar la violencia, vivir bajo ese único signo, sería mentir. Aún cuando absortos en la melancolía, se buscó la recreación del alma, la sonrisa ingenua, tímida, síntoma de niñez, pues el tribunal no era la cárcel, la enorme distancia que lo separaba de serlo, no sólo lo era a través del nombre “Instituto de Prevención Social para Menores”, lo era, la vida, pequeña, frágil su realidad social, era en esencia vivencia sobrecogida de niñez, vivencia abstraída del seno social, vulnerable, posibilidad en ella de ser, limitados, castigados, corregidos, bajo el signo de las reglas pero también del estímulo.

El juego, a través del deporte, se convirtió en el éxtasis, la emoción, no era sumergirse en el hastío de correr, saltar, ver agitado el pecho por el cansancio, era: resurgir en el juego, la meta; competencia en grupo, conexión entre cultura y juego. *“La conexión entre cultura y juego habrá de buscarse en las formas superiores del juego social, en las que se nos presenta como actuación de un grupo, de una comunidad o de dos grupos que se enfrentan”*⁷⁶, abandonarse en él, disfrutarlo, verse envueltos con él y en él, nuevamente niños, absortos en su realidad.

En los reclusorios para adultos, el juego como competencia o deporte fue un medio de impulsar, dejarlos ser, recrear un mundo donde puedan ser compañeros de juego que aceptan las reglas y disfrutan de él.

Regeneración en la cárcel, por medio de los deportes y el cultivo intelectual que eleva el nivel moral de los delincuentes. Con el objeto de que se impulse el deporte en la cárcel municipal sin descuidar el cultivo de la cultura intelectual, varios reclusos presentaron una iniciativa al alcalde de la misma al señor, Francisco Fernández Fontecho para que se realicen los sábados culturales, así cada ocho días se celebren encuentros deportivos y festivales literarios, musicales y funciones teatrales en las que tomarán parte no sólo los reclusos, sino también varios elementos artísticos y literarios de esta ciudad.⁷⁷

Para el caso de los niños, se tomó la misma medida, la competencia dentro del juego se convirtió en el espectáculo lúdico, cultural, excitante; jugadores y espectadores juntos en el acto ritual de emoción desenfrenada, respiración furiosa, rostros salpicados de sudor, ansiedad estallante. El básquetbol, el voleibol, y pocas veces el fútbol, fueron el centro de atención en el juego, manifestación cultural, donde los grupos se enfrentaban; la selección de los

⁷⁶ Huitzinga, Johan, “op. cit., p. 68

⁷⁷ *Periódico la opinión de Puebla*, 9 de octubre de 1938

mejores era encarnizada, la mirada cristalizada, húmeda, aparecía en los afortunados y desafortunados, pertenecer al grupo seleccionado, era la primera victoria.

Jugar, ser parte del encuentro, buscar la gloria, el honor, tras los muros y fuera de ellos, representar tu Institución. Se hablaba de salir y enfrentar no sólo a los competidores, también la otra realidad, un mundo ajeno, más no desconocido, cuerpo y alma, identidad desconocida, señalada frente a grupos "libres". Más ésta no fue la limitante, arrebatados bajo su entusiasmo, la sangre, la adrenalina, fueron la fuerza de jugar, frente a frente.

Al principio íbamos con nuestros pantalones cortos, zapatos, y playera blanca, nos distinguimos bien en voleibol, el gobernador Maximino Ávila Camacho, con nuestras victorias, nos apadrinó, entonces, vestimos uniforme verde y blanco, usamos tenis, la gente nos veía, nos aplaudía, nos gritaban, ¡eso nos hacía felices! Tuvimos la oportunidad de concursar en las olimpiadas infantiles, nuestro lema fue:

¡Rifle cañón y escopeta!, ¡Rifle cañón y escopeta! ¡Al tribunal, se le respeta!.

Fue el juego, la competencia, la oportunidad de hacer vibrar nuestros cuerpos, de escaparnos de las clases, de los quehaceres, de soñar con él, y ser en él lo que no éramos en la realidad.

Pese a que para el otro era una forma más de socializarnos, de hacernos respetuosos de las reglas, de dominarnos.

Capítulo IX

Burro castigado

¿Realmente existe el mal
y gente que es muy mala?

Wim Wender

“Las alas del deseo”

Cuerpo, espacio íntimo, fragilidad humana, lugar de sensaciones dulces, amargas, recinto del dolor, placer. “Es el encierro: instrumento o intermediario, si se interviene sobre él encerrándolo o haciéndolo trabajar, es para privar al individuo de una libertad considerando a la vez como derecho o bien. El cuerpo según esta penalidad queda prendido en un sistema de coacción o de privación, de obligaciones o de prohibiciones”⁷⁸

Cuando se ha determinado la institucionalización de la prisión, como medio de castigo que sustituye al suplicio, se pretendió hacer a un lado el castigo teatral sobre el cuerpo, en donde el verdugo, torturaba en público. Con la prisión, se quería corregir el alma más no al cuerpo, sin embargo, el alma reside en el cuerpo, y él se convierte en el intermediario. El alma se angustia, reclama libertad, el cuerpo siente en carne propia la penalidad física, el cansancio del trabajo forzado, el sudor se transpira y respira bajo el esfuerzo, se castiga racionándolo de alimento, pulsiones vitales, animalescas, los golpes son así, palpados cuando la carne se desgarran. El encierro, como castigo, no puede evitarlo, el sufrimiento registrado en la prisión, en las cárceles para adultos, asfixia al cuerpo mismo. En el tribunal para menores, las medidas enmarcadas

⁷⁸ Foucault, Michel *"Vigilar y Castigar"* Nacimiento de la Prisión, Traducción: Aurelio Garzón, México Siglo XXI, 1996, p.18

por la ley que los rige determinaron desde su aparición, reglas necesarias, considerando no como delincuentes a estos pequeños infractores, estas reglas debían corregir por medio de tratamientos médicos y pedagógicos:

Art. 2.- Las medidas que toma el Instituto, nunca tenderán a castigar al menor que pudiera considerarse culpable, sino a obtener su corrección y readaptación social por medio de un tratamiento médico y pedagógico⁷⁹

Un decreto aparecido en 1953, determinó de forma más clara lo siguiente:

Art. 17.- En el Centro de Observación quedan prohibidos los castigos corporales y sólo se aplicarán las siguientes medidas

- 1.- Persuasión o advertencia
- 2.-Administración privada
- 3.-Amonestación ante un pequeño grupo
- 4.-Amonestación ante todo el grupo (casos excepcionales)
- 5.-Exclusión temporal de grupos deportivos
- 6.-Exclusión temporal de diversiones
- 7.-Auto proposición de castigos
- 8.-Suspensión de comisiones honoríficas
- 9.- Suspensión de visitas
- 10.-Suspensión de permisos o recreos
- 11.- Sanciones mixtas⁸⁰

Reconocer los criterios de castigo, no tocar al cuerpo, leyes resguardadas en los decretos, más la vida en el Tribunal para Menores, lo cotidiano en él, creó para sí su propio reglamento secreto, la verdadera realidad escrita. A puños, la ropa sucia, manchada de sangre, rasgada, era el mejor motivo para castigar. El

⁷⁹ *Periódico Oficial de Estado de Puebla*, 01 de abril de 1938

⁸⁰ *Periódico Oficial del Estado de Puebla* 1953

celador, apresurado, llegaba al encuentro, empujaba a los pequeños espectadores, en el centro, la respuesta: -Que importa quien empezó, los dos serán castigados-, frente a todos, su cometido era llevado a cabo: dos líneas punzantes surcaban la piel de los adversarios, la sangre coagulada, negra bajo la piel, bullía.

La especialidad de los celadores era calmar a los niños a cuartazos, eso sí nos daba miedo, pero a veces no podíamos aguantarnos y regresábamos a lo mismo, muchos lo hacían por cobrar venganza, a otros no les quedaba más que defenderse, o dejar que les diéramos una paliza. Don Tilo tenía una “burra⁸¹”, ésta era especial, ya que, no sólo era de mecate, don Tilo la había enroscado de alambre, ya se imaginarán ustedes. Nuestro especialista del comedor, se la pasaba dando de vueltas, nos enseñaba burrita y hasta coraje nos daba. Sentados, en unos bancos largos de granito blanco, frente a la enorme mesa; era costoso y riesgoso llegar a nuestro cometido, dar una trompada a aquel que no cumpliera, porque a la hora de la comida se tenía que pagar, así que sin más ni menos, procurando sentarnos frente al deudor, saltábamos listos a dar de comer golpes, antes de que la burra comiera, los niños de a lado y enfrente gritaban: “¡Quiere comer la burra!. ¡Quiere comer la burra!” Y don Tilo, con la burra en mano, nos hacía comer.

No sólo se castigaba por estas hazañas, había quienes, sumergidos en el sueño, se olvidaban de que el baño existía, el resultado no era otro, las sabanas húmedas, olorosas, penetraban ahogándose en el poco aire fresco que al dormitorio podía llegar; el castigo tenía que aplicarse, con las mejillas encendidos, ojos desorbitados, malhumorados, cabizbajos, se paseaba por los pasillos a estos niños en brutal exhibición, aunque he de confesar, que luego del mal rato pasado, nos parecía justísimo. Imagínense aguantar las burlas,

⁸¹ Era un chicote de lazo trenzado de alambre.

pero también privarse de coraje al ver la sonrisa de oreja a oreja de don Tilo, esas son las cosas que forjan el carácter (es por supuesto, una broma cruel). A veces nos castigaban por no hacer nuestros quehaceres, como lavar trastes, limpiar, entonces nos encerraban en un cuartito debajo de la escalera, era oscuro, frío, sólo se nos daba una cobija, y sin comer hasta el día siguiente.

A veces se sufría, pero las sales amargas del llanto también se confundían con las risas, soñábamos, nos reinventábamos, luchamos, pero también jugamos, encontraban la posibilidad de reconstruir a través de ese espacio (al menos los que lo sobrevivían), aun en él, tuvimos lo nuestro, lo pequeño, lo sagrado, lo íntimo, lo privado, un rincón, un escenario: la biblioteca, el patio, los salones, la cama, con él, no lo oscuro, sí, el mundo reivindicado.

Más de una vez en nuestras visitas dominicales a la iglesia: La Compañía, Santa Rosa, Las Trinitarias, bajo el resguardo de los celadores, maestros, y algún par de policías, poco para 100 niños, en un parpadeo alguno gritaba: ¡A correr! Agitados, espantados, ansiosos, muchos salían de la fila sobrecogidos de palpar la libertad; otros, la mayoría, nos quedábamos quietos, no sentíamos la necesidad de huir, sólo observábamos el descontrol, movimiento desesperado de niños, maestros y celadores. La segunda ocasión que me vi envuelto en este torbellino, corrí desesperado, no había avanzado más que media calle, me detuve, la imagen de mi madre, fría, ausente de calidez en sus palabras, caricias, y aún de su sonrisa, me hizo romper en llanto, para mi no existía otro hogar que el mismo Tribunal para Menores; los celadores, maestros, el director, petrificados, veían como más de un chico que se había dispersado regresaba; a otros jamás se les volvió a ver pese a su búsqueda.

Los lugares son historias fragmentarias y replegadas, pasados robados a la legibilidad por el prójimo, tiempos amontonados que pueden desplegarse pero

que están allí más bien como relatos a la espera que permanecen en estado de jeroglífico, en fin, simbolizaciones enquistadas en el dolor o en el placer del cuerpo. Me siento bien aquí. Es una práctica de espacio que este bienestar, reiterado sobre el lenguaje se muestra, apenas como un resplandor.⁸²

Por ello vuelven al lugar, sus historias se siguen entretejiendo en su tiempo y espacio. Hoy se rescatan sólo a través de la palabra.

⁸² Certeau, Michel de, op.cit. p. 121.

Conclusión

Cuando el niño era niño
las moras caían de sus manos
como sólo ellas lo hacen
y así sigue siendo
las nueces frescas
le escaldaban la lengua
y así sigue siendo.
En cada mente ansiaba
la mente mas alta
y en cada ciudad ansiaba
una ciudad aun mayor
una ciudad igual

Wim Wenders
“Las alas del deseo”.

Eco sonoro, prisionero de los muros, depositado, uno a uno, con su propia nitidez, bajo los techos, evaporándose en los confines de la sociedad, retrocediendo, inflamado de melancolía, inerte en la memoria de los años, debilita su existencia en el reino de los documentos.

No hay, sino la quieta humedad, que en otros tiempos penetraba hasta el alma alimentada de fuego, adrenalina, risas, sueños mitigados por el encierro de los pequeños cuerpos que habitaban; ahí, se perpetua la ansiedad de la niñez, mezclada con la desazón de las fuerzas que habían tejido su historia. Historia etiquetada de infierno, ahí se forjó su vida.

Hoy, en los abismos de la mente, en el recuerdo, saboreo la sal de lágrimas desgarradas, añejadas por los años, respiro el sudor de juegos en el patio, y toco el vacío, el espíritu, resucitado en la voz de quien los convoca.

La historia tiene que ver con política, economía, religión, pero sus depositarios finales somos nosotros, los seres humanos, por eso la necesidad de la historia social, de lo cotidiano, de la historia cultural: nos permite recuperar información objetiva, pero también valores, creencias, lo subjetivo.

Voz que cunde, tiembla, resucita, vuelve y habita, no en el pasado muerto, traslucido en melancolía, sino en el presente vivo, quemante, de arduas jornadas, que apenas dejan parpadear al cuerpo. Toma nuevamente su pose, ríe, es niño, sus lágrimas parten el alma, la desgajan, traslada mis sentidos a los suyos, soy él, y con él, sigo las escasas pistas, te encuentro, me sumerjo y recreo en tus espacios, narración cohabitada con la niñez.

Exploramos la infancia, sus lugares sociales, la escuela, su cultura, su socialización. La infancia como construcción social.

Pasmados, hurtada la libertad, la identidad, la memoria, habitados por el desasosiego esencial de la orfandad, carencia multiforme, de padres, hermanos, familia, un hogar; proveedores no sólo de estabilidad económica, afectiva, sino de patrones culturales, morales, sociales. Son los niños encerrados en el Consejo Tutelar para Menores. Hay quienes a través de la desgracia perdieron a su familia, quienes hallaron la orfandad en el rechazo social al transgresor, en el pensamiento o acto punible, en el castigo, incluso, quienes hicieron de ella una elección de vida. Orfandad, ausencia que es presencia, nos condiciona, posibilita, ausentes de su propia historia, de sí mismos. Condenados al abandono, al olvido, al hastío; lacerante monotonía,

heridos en mente, carne y alma, en el cuerpo, que escuece, quema; condenados al castigo físico, mental, espiritual; a la burocracia, al poder, a la moral; victimados por el miedo, el odio, la indiferencia. Lugar y tiempo reiterados, que en su brutal monotonía son copia, día a día, del anterior, apabullante, asfixiante ambiente de encierro, sólo roto, por la narración, por la lecturas y los pequeños relatos, “el alma y el pensamiento”, donde cabe el mundo real, y el de los sueños, ambos convertidos en espacio lógico, el espacio lógico de la narración, de la voluntad, la posibilidad.

Los niños, privados de su lugar, tiempo, familia, identidad, de su familia, se buscarán y a veces, se encontrarán en el Tribunal para Menores; desarraigados, éste será su nuevo hogar, familia, su nuevo referente moral, afectivo, cultural; será su nuevo espacio social, para bien o para mal (la más de las veces), en él continuarán sus estudios, sus relaciones sociales, su desarrollo humano, su vida, su historia. Bendición o maldición, el encierro condicionará su vida, espacio vivo, vivido. En él hallan su génesis y devenir, su sentido, las vidas de muchos de sus habitantes, producto de su espacio, tiempo, moral, cultura, de sus circunstancias, en él su pasado, presente y futuro. Aquellos que lo habitaron nos convidan, nos hacen partícipes de un mundo ya ido, un mundo sólo recuperable a través del relato, de su historia.

Cada narración aprendida o realizada, aligera su encierro en el monolítico edificio, estrecha prisión de su existencia; la voz que le permite sobrevivir, le posibilita reinventarse; acto catártico de libertad y resurgimiento en la voz del narrador.

El ser humano es un ser que se busca y encuentra en sus historias, en ellas su pasado, origen y destino, en ellas su presente. Elemento inicial, fundacional, esencial, de este pasado, desde donde se posibilita su presente y futuro. Los

niños son un grupo mayoritariamente apreciado como vulnerable, comercializable, explotable; es atendido en función a la dominación, presente o futura, ya sea a través de hacerlos productivos, o como foco consumista; bien educándolos, moralizándolos a futuro, con intenciones de dominio físico-mental o moral, con fines de productividad; menospreciado, marginado, es un grupo poco apreciado por sí mismo, condenado al olvido, pese a que mucho de lo que somos, hunde sus raíces en nuestra niñez, en lo que fuimos, nuestro pasado, en nuestra historia.

Esta es una historia convertida en apología de una de las estrategias más antiguas para sobrevivir y reinventar, reordenar el mundo y a sí mismo: el poder de narrar, de modificar la realidad a partir de los relatos. Es una historia de un periodo fascinante del ser humano, la niñez, de deslumbramientos, descubrimientos, auto invención; desasosiego y atracción por lo desconocido; periodo de encierro que trascendió las paredes de su prisión a través de la oralidad, para crear un espacio lógico donde caben el mundo real y el de los sueños, las circunstancias y los proyectos, acto de libertad y voluntad, posibilidad, sentido.

Inmerso, en la soledad, los ritmos han cambiado, la respiración agitada, se calma, el lugar es sólo en ti.

El Consejo Tutelar para Menores: casa, hogar, escuela, cárcel; orfandad, fue un lugar, un espacio, época, sus prácticas culturales asimilaron un mundo no aislado pese a sus límites, a su estructura.

El espacio simétrico, asimétrico, revivido, reinventado; jugó un papel especial sólo con la fuerza que lo animaba, “el niño”. La comprensión de su espacio era la medida de su vivencia, su existencia, la comparación, la abnegación, los límites de lo físico que no de su imaginación, lo cual le dio posibilidad de edificar

una nueva ciudad, un orden a su mundo donde sólo cabe el imaginario, un mundo que aún bajo el signo de sobrevivir, reinventado es vivido.

Su cama es lo íntimo; la imaginación, el abandono de su realidad, muchas veces cruel; los pasillos y el patio, el recorrido de la ciudad recuperada; y así, cada lugar, su espacio. El lenguaje apropiado disipa las tensiones, lo vuelve ahora indagación, reproche, diversión, refugio, parte importante de su devenir; la sexualidad reprimida, aislada, que sólo bajo el lenguaje, estalla, se impone y marca también status (el débil, el fuerte). Juegos, palabras que detonan las risas; y también la expiación del dolor, un momento gozoso.

El juego no sólo queda ahí, en las palabras, también está en lo físico: “las cartas, los dados, el dominó, el voleibol”, algunos se ajustan a una necesidad de sobrevivencia, en otros como el voleibol, sirve como expiación al encierro, es la oportunidad de ser, en otra posibilidad, “no sentirse encerrado”, “creerse libre”, y así , la emoción destella en la mirada, pero, es en todos los juegos el momento más grande de concentración, de “respetar las reglas, los códigos” necesarios en este mundo reinventado en el Consejo Tutelar para Menores.

Reinventar ese mundo, rescatarlo, sólo fue posible a través de la narración, de la oralidad, voz en mi y sin mi. Su voz, mi sujeto, mi “personaje” hizo presente su recuerdo en mi voz.

El Consejo Tutelar para Menores, fue el lugar, un tiempo; el niño hizo de él su espacio, y él a su vez es el sujeto de mi relato: historia recreada, narrada; historia que muestra la posibilidad de reinventar el mundo a través de la niñez; ser niño es sorprenderse. Se dirá algunas veces que hay pérdida de inocencia, pero nunca se desprenderán de su condición “niño”. Y así en sus

circunstancias, su “condición”, nos enseña su visión, su mundo reinventado, revivido en mí, voz en mí y sin mí. Es una ciudad de asombro.

Bibliografía

Alcubiere Moya Beatriz, *Historia de las infancias en América Latina*, TGHCS, CONICET, Tandil, 2018, 239 p.

Agustín José, *Tragicomedia Mexicana*, Ed. Planeta, México 1998, 237p.

Beuchot Mauricio, *Elementos esenciales de una Hermenéutica analógica* en Diánoia, volumen LV, No. 74, mayo 2015, p.p. 127-145

Capote, Truman, *Otras voces, otros ámbitos*, Anagrama, México. 2005.

Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano*, Traducción de Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1996, 229p.

Certeau, Michel de , *La invención de lo cotidiano II*, habitar, cocinar, traducción de Alejandro Pescador, México, Universidad iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1999, 271p.

César Julio, Cayo, *La guerra de las Galias*, México. Editorial Porrúa, 2013, 14p.

- *La guerra Civil*, México. Editorial Porrúa, 2013, 14p.

Cortázar, Julio, *Las babas del diablo*, Alianza Editorial, Madrid. 2003, 38p.

De Amicis, Edmundo, Corazón, *Diario de un niño* Ed. Porrúa, México, 1978, 243p.

Foucault, Michel *Vigilar y Castigar, Nacimiento de la Prisión*, Traducción: Aurelio Garzón, México Siglo XXI, 1996, 314 p

Geraldine a Harvey, *Psicología infantil*, vers. Manuel Arbeli Gascon, México, limusa 1978, 345p.

Gonzalbo Aizpuru Pilar, *Introducción a la Historia de la vida Cotidiana*, Colegio de México, 2006, 304 p.

----- *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, Fuentes para el estudio de la vida cotidiana, Colegio de México, 2006, 304 p

Henry Jules. *La cultura contra el hombre*. Traducción de Francisco Gonzáles Aramburo, México Siglo XXI, 1967 El mundo del hombre, Antropología y lingüística, 437 p.

Homero, *La Ilíada*, versión de Luís Segala y Estalella, México V Sol 1989, 343 p

Huitzinga, Johan *Homo ludens, esencia y significación del juego*, Historia, Alianza/Emecè, Buenos Aires 1876,

Tolkien, J. R: *El señor de los anillos*, Taurus, Madrid, 2007.

Suetonius, *Los doce Césares*, Tr. Ballester Escolas, México: Latinoamericana, 1957, 284 p.

Santiago Antonio, Zoila, *El tribunal para menores infractores en las primeras décadas del siglo XX*, artículo de: The Juvenile Offenders Court in the early Twentieth Century, Julio 2016.

Stagno Leandro, *El Descubrimiento de la infancia, un proceso que aún continúa*, en Finocchio, Silvia; comps (2011), *saberes y prácticas escolares*, Homo Sapiens, p.p. 41-61

Internet

www.dif.pue.gob.mx/ppf/lley-11pdf

Ley del Consejo Tutelar para Menores Infractores

www.inocipie.gob.mx/htm/queselinacipie/historia/contenido

Historia del Consejo Tutelar para Menores Infractores

www.congresopuebla.gob.mx/leyes/fichas-ley

Congreso del estado de Puebla

www.dgepi.salud.gob.mx/boletin

Salud en los Tribunales para Menores

www.derechos.org/lineddh/informes/prisiones

Informe sobre las prisiones en México

www.bibliojuridico.org/libros

Estudio histórico y comparado de la legislación de menores.

Hemerografía

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1938

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1940

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1941

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1942

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1945

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1946

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1947

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1948

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1949

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1950

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1951

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1952

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1953

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1954

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1955

Periódico la Opinión de Puebla, Enero/Diciembre 1956

Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Puebla, 01 de abril de 1938

Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Puebla 24 de diciembre de 1953

Cine

Buñuel, Luís, “los olvidados”, México

Wenders, Wim, “Las alas del deseo” Alemania

Anexos

Entrevistas (fragmentos)

Esta entrevista se realizó el día 27 de abril de 2003 en casa de Don Francisco, mi padre, hombre que pasó 5 años de su vida en el Tribunal para menores (1950-1954), vive en la calle 4 norte 412 de la Col. Guadalupe Caleras, en la entrevista está presente su nieto Iván y su perra, un french puddle sucio y con el pelo mal cortado llamada: Pili, la entrevista se llevó a cabo en el patio de su casa, al lado de los lavaderos.

-Virginia Ramos (V. R.)- (llamando la atención de Don Francisco sobre su nieto). Su nieto se le parece mucho Don Francisco, imagino que tenía más o menos su edad cuando ingreso al tribunal.

-Don Francisco Ramos (D. F. R.)- Uy...no...yo estaba mas chavo, tenía unos ocho años, no en realidad si, pues tenía como doce años.

-V. R.- ¿Cree que afectó su vida posterior su estancia en el Tribunal?

-D. F. R. ¡Cómo no!-contesta él, algo retraído y serio; observa al pequeño Iván jugar con el perro.

-V. R.- ¿Fue positivo o negativo para su vida?. Cuénteme cómo lo ve a la distancia.

-D. F. R.- Fue positivo, me corregí, ¡era un canijo!, además mi familia era pobre, a veces pienso que también por eso me mandaron allá, era una boca menos.

-V. R.-¿ No fue demasiado cruel que desde pequeño estuviera ahí?

-D. F. R.-Que t digo m'ja, era feo, apenas después acabe de perdonar a mi mamá por eso, pero me hice hombrecito ahí, y si aprendí.

-V. R.- ¡Le gustaban las clases?

-D. F. R. -¡Nombree...que iban a gustarme, ¡a poco a tí te gustaba la escuela?- me interroga suspicaz.

-V. R. -A mí sí, mucho- bromeo.

-D. F. R. -(Riendo divertido, entendiendo la broma)- ya parece- dice en tono casi despectivo, pero aun divertido- Las clases no me gustaban, pero sí me gustaba leer, hasta hoy, allá en la sala están mis libros.

-V. R.-¿Dónde empezó a leer, en casa o en el Tribunal?

-D. F. R.- En el Tribunal, ¡mi mamá que iba a saber de esas cosas, menos mi papá!, pero allá aprendí a leer, iba a la biblioteca y me encerraba ahí, buen no porque tenía mis quehaceres, y si no me apuraba, comía “la burra”.

V. R. -¿Cómo empezó a leer?

-D. F. R.- Fue un día...era chamaco...estaba triste, andaba todo encogido como rata mojada, me acuerdo que estaba sentado en las escaleras, ni quería ir a comer, mi maestro de español me vio, yo creo le di lástima, estaba bien jodido dice dejando ver una sonrisa y negando con la cabeza- se sentó a mi lado y me leyó un fragmento de un libro que leía. Me gusto mucho, era una escena de chamaquitos y madrazos, me puse de mejor humor, luego fui a buscar un libro en la biblioteca y lo acabé, bueno, lo empecé y acabé: era Tom Sawyer, me leyó la escena de la pelea con el niño ciudadano.

-V. R.- ¿Qué más ha leído?

-D. F. R.- Uy... De todo, leí a Agatha Cristi

-V. R.- ¿Allá tenían sus libros?

-D. F. R.- No, no, eso fue luego

-V. R.- ¿Qué libros había allá?, ¿Qué leyó ahí?

-D. F. R.- No estaba bien su biblioteca, era muy pobre, pero...leí a...-desconcertado y nervioso-... a los mosqueteros, y al Conde de Montecristo...los piratas – recuerda entusiasmado y animándose- a los de Salgari, Colmillo Blanco... leí historias, me gustaba mucho, los romanos y los griegos, sobre todo.

-V. R.- ¿Por qué leía? ¿no jugabas con los otros niños?, tenía mucho quehacer, ¿cómo le daba tiempo?

-D. F. R.- Si jugaba con los demás niños, y tenía un resto de quehacer, pero también me hartaba, aventaba todo y a todos y me encerraba a leer, lo hacía a escondidas, me daba como pena, pero me gustaba, me sentía bien si estaba triste, me alegraba, me motivaba ver a los héroes, quería ser como ellos...

Entrevista (fragmento)

Esta entrevista se realizó el día 30 de abril del 2003 en casa de Don Francisco Ramos, mi fuente oral, fue realizada en el comedor de su casa, pues era la hora de la comida y comimos junto con su esposa la Sra. Rafaela Jarillas de Ramos, mi madre, junto con su nieto Iván.

-Virginia Ramos (V. R.) La última vez que platicamos me hablaste de los juegos, ¿de verdad se llevaban muy pesado?

-Don Francisco Ramos (D. F. R) éramos bien mulas (recuerda con placer)...

-Doña Rafaela Jarillas de Ramos (D. R. J.) ¿Eran...?- interrumpe con tono sarcástico y bromista que refleja en su voz y la mirada

-D. F. R.- mientras su nieto y yo reímos -Bueno...- se defiende... pero entonces era chamaco..., con todo... no éramos pelados como hoy, ¿verdad, Iván? -dice-, mientras dirige una mirada sugestiva al nieto – Éramos más salvajes, eso sí, no nos andábamos con cosas, no éramos tan llorones como ahora – Iván baja la cabeza aturdido, no habla de él pero se retuerce incomodo- nos divertíamos, nos poníamos apodos, pero sin tanta grosería como hoy.

-V. R. -¿Cómo se apodaban?

- D. R. J. -(Antes de que pueda contestar) a él le decían el perfumes (no puedo evitar mirar a Don Francisco buscando las causas de tal cosa, aunque disimuló eficientemente... o eso al menos creo).

-V. R. -¿Por qué le decían así?

-D. F. R.-No, no eran esos días, así me pusieron en la fábrica, eso fue después, ya tenía un rato que había salido.

-V. R. - (Insistiendo)- ¿Me podrá contar algunos apodos?

-D. F. R.-Pues... estaba el del Churro... que era el más canijo...

-V. R. -¿Por qué le decían así?, ¿Se acuerda?.

-D. F. R.- Si, le decían así porque era bien ...mier...bueno era malo pues, pegalón, abusivo, grosero.

-V. R. -¿Qué otros había?

-D. F. R.-Estaba el Toluco, le decían así -explica rápidamente- porque venia de allá; el Tucàn, era un canijo chamaco que se reía bien raro, escandaloso. Te ponían según te vieras o fueras.

-V. R. -¿Y todos eran malos? - Iván (el nieto), interrumpe entre risas- él sí.

-D. F. R.-No, no todos eran malos, te digo que decían según te vieras o fueras: había un chavo al que le decían "el sabio", el mejor de nosotros, mis respetos para ese chamaco, siempre andaba ayudando a todos, y era bien abusado, además le entraba a los guamazos y al relajo, es más , él empezaba muchos...

-V. R. -¿El sabio empezaba el relajo?

-D. F. R.-Si, te digo que era listo, el mejor de todos, pero le entraba todo, tenia calzones el mocososo. Era medio raro, seriezon, responsable, pero sabia cotorrear, era flaco, pero le entraba a los guamazos y al relajo.

-V. R. -¿Qué fue de él, no sabe?

-D. F. R.-No, no tengo idea

-V. R. -¿Quién le puso así?

- D. R. J. -De seguro tú

-D. F. R.-No, no le hagas, si su apodo hasta le gustaba, el churro por ejemplo, aguas y le dijeras su apodo porque se enfurecía, y te la partía.

-V. R. -¿Y podía convivir el sabio con alguien como el Churro?

-D. F. R.-Si, de hecho no se caían, pero el sabio le entraba a todo, si no, méndigo Churro, luego se lo habría descontando.

Entrevista Fragmento

Esta entrevista fue hecha el 27 de abril del 2003. El entrevistado es Don Francisco Ramos, quien en ella relata como era la peluquería del Tribunal para Menores. Esta labor fue realizada en presencia de su esposa Rafaela Jarillas y su nieto Iván.

-Virginia Ramos (V. R.)- ¿Iván parece más bien su hijo que su nieto?

-Don Francisco ramos (D. F. R.)-Pues con eso de que su mamá sale hasta tarde, pasa mucho tiempo con nosotros y lo hemos visto desde pequeñito, el niño se lleva bien con nosotros

-Doña Rafaela Jarillas (D. R. J.)-¡Luego ni le hace caso a su mamá!

-D. F. R-Como acá creció se acostumbro, desde chiquito vive aquí, es desordenado, pero no tanto para no aguantarlo. Mire nomás su greñero, ya parece nido de pájaro- su abuela en tanto sonríe viéndolo y mete sus dedos entre sus cabellos, acariciándolo- yo allá tenía que andar con el cabello rapado, cual casi, andaba pelón. Míreme - señala y toca su cabello perfectamente cortado y su peinado de ralla al lado- hasta la fecha ando con mi cabello corto, desde los días del tribunal así lo traigo.

-V. R.- ¿Era obligatorio que usaran el pelo corto?

-D. F. R- Si...si no "comía la burra", bueno de hecho no pasaba, cada quince días nos pelaban, y bien pelones, no teníamos chance de que nos creciera el pelo

-V. R.- Los llevaban a cortarse el pelo o alguien se los cortaba?

-D. F. R- Allá teníamos peluquería, con peluquero y todo - ríe de su propio chiste- estaba re fea, casi no había nada, pero ahí nos pelaban

-V. R.- ¿Les cobraban?

-D. F. R- No, sólo eso faltaba -responde indignado- tenían a un peluquero, todo el tiempo ahí, no hacia nada el pinché huevon

-D. R. J. - No hables así tú -dice entre escandalizada y divertida-

-V. R.-¿No le caía bien el señor?

-D. F. R- No es que no me cayera bien, no tenia nada contra él, pero era medio raro, gandalloso, y con todo tenia sus ratos, se llegó a portar cuatito, al menos conmigo

-V. R.-¿Cómo se llamaba?

-D. F. R- Haciendo un esfuerzo memorístico- No, no me acuerdo, pero le decíamos el pollero

-V. R.-¿El pollero, porque?

-D. F. R-Pues, porque el mendigo usaba unas tijeras bien feas, de esas de hierro, grandotas, gruesas y pesadas, cafés, puro hierro: tijeras de pollero pues.

-V. R.-(incrédula)-¿Con eso los peluqueaban?

-D. F. R- Fuera bueno...ni con esas, cuando se ponía de malas usaba navaja, méndiga navaja, ya ni filo tenía, y este méndigo nada más le daba unos rozones en un cuero de afilar que ahí tenía, más bien las afilaba en nuestra cabeza, dolía bien feo

-V. R.- ¿cómo era la peluquería?

-D. F. R-Uyy... bien chiquita, mal equipada, apenas si tenía un par de espejos, unas muestras de peinados, no como las de ahorita, con chavos y chavas "bien", sino en blanco y negro, apenas dibujadas, estaba feo.

Documentos

Anexo 4

Cuando el niño era niño
iba con los brazos colgantes
quería que el arroyo fuera río
que el río fuera torrente
y el charco el mar.

Cuando el niño era niño
no sabía que era niño
todo le parecía animado
y todas las almas eran un todo.

Cuando el niño era niño
no opinaba sobre nada
no tenía ningún hábito
frecuentemente se sentaba
en cuclillas
de pronto se echaba a correr
tenía un remolino en el pelo
y nunca posaba para tomarse una foto.

Cuando el niño era niño, era el
tiempo de estas preguntas
¿por qué soy yo
y soy tu?
¿por qué estoy aquí
y por que no allá?
¿cuándo empezó el tiempo

y donde se acaba el espacio?
¿es la vida bajo el sol
tan sólo un sueño?
lo que veo y oigo y huelo
¿no es sólo la apariencia de
un mundo frente al mundo?
¿realmente existe el mal
y hay gente mala?.

¿Cómo es posible que yo
que existo
no haya sido antes de existir?
y que alguna vez que yo, que existo
ya no seré nunca lo que soy.

Cuando el niño era niño
le costaba tragar espinacas y los chícharos
el arroz con leche
y la coliflor al vapor
y ahora come todo
y no por necesidad.

Cuando el niño era niño
alguna vez despertó en una
cama extraña
y ahora lo hace seguido.

Muchas personas le parecían bellas...
y ahora sólo en
ocasiones de suerte.

Se imaginaba claramente
un paraíso y ahora
cuando mucho, lo adivina.

No podía pensar una nada...
y hoy se estremece ante ella.

Cuando el niño era niño
jugaba entusiasmado
y ahora reconcentra como
antes...
sólo cuando se trata de su trabajo.

Cuando el niño era niño
era tiempo de las
siguientes preguntas
¿por qué soy yo
y no soy tú?
¿por qué estoy aquí
y no allá?
¿cuándo empezó el tiempo
y donde acaba el espacio?
¿es la vida bajo el sol
sólo un sueño?.

Cuando el niño era niño
las moras caían de sus manos
como solo ellas lo hacen
y así sigue siendo
las nueces frescas le
escaldaban la lengua
y así sigue siendo

en cada mente ansiaba
una mente más alta
en cada ciudad ansiaba
una ciudad aun mayor
una ciudad igual.

En la punta de un árbol
cortaba las cerezas
emocionado
y lo sigue estando
era tímido ante los extraños
y lo sigue siendo.

Cuando el niño era niño
tiraba un bastón
corría contra un árbol...
y este aún sigue
vibrando ahí.

Sólo el asombro del hombre
y mujer me convirtió en
humano.

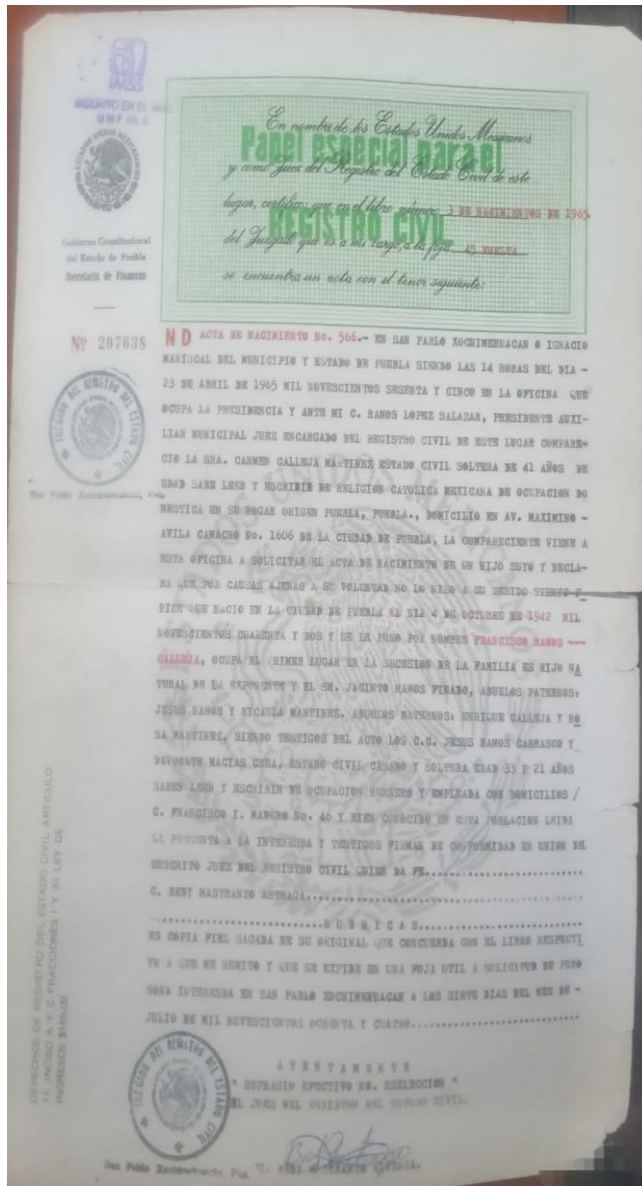
Wim Wenders
"Las alas del deseo



El señor Francisco Ramos a los 3 años, acompañado de sus padres: la Sra. Carmen Calleja y el Sr. Jacinto



Calle 8 oriente 408, Lugar donde se encontró el Consejo Tutelar para Menores antes de que ser trasladado a la Escuela Granja Adolfo López Mateos en 1962



Acta de nacimiento del señor Francisco Ramos Calleja

Junta Directiva de Beneficencia Pública de Estado de Puebla

Expediente número 89, Sección: Administración

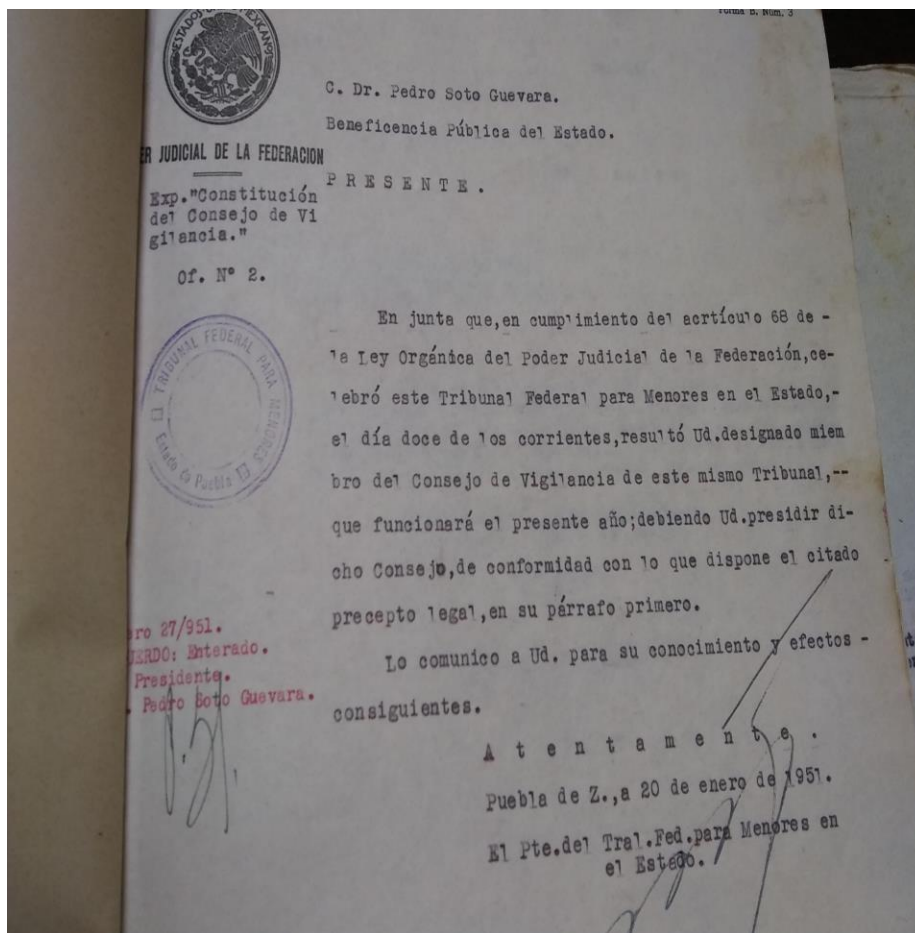
Serie Personal

Caja 10102

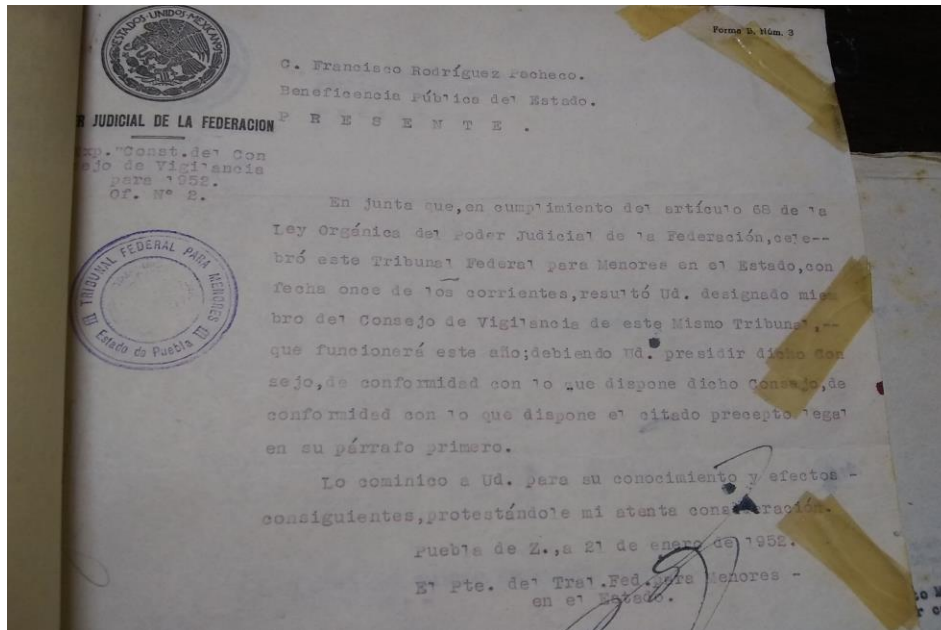
Año 1951

Nombramiento de los directores del consejo de Vigilancia del Consejo Tutelar para Menores de 1951 a 1953

12 de Enero de 1951: Nombramiento al Dr. Pedro Soto Guevara

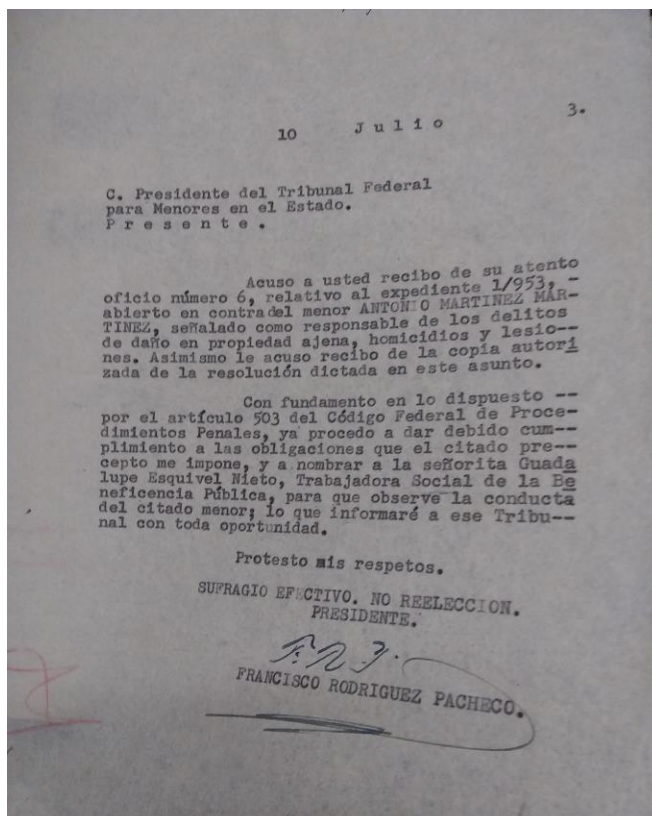


21 de Enero de 1952: Nombramiento al C. Francisco Rodríguez Pacheco



10 de Julio y 4 de septiembre de 1953

Expediente de Antonio Martínez Martínez, acusado de daños a la propiedad ajena, homicidio y lesiones



18 de agosto de 1952, expediente de Agustín Castillo Vázquez, acusado de robo

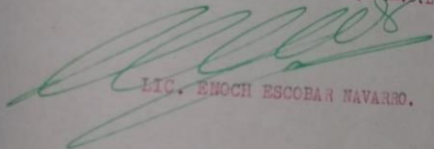
LA FEDERACION
C. PRESIDENTE DEL CONCEJO DE VIGILANCIA ADSCRITO
AL TRIBUNAL FEDERAL PARA MENORES EN EL ESTADO.
P R E S E N T E . . .

Para su conocimiento y efectos legales --
correspondientes, con el presente, remito a usted,
en 3 fojas útiles, copia autorizada, de la resolu-
ción dictada al día de hoy, en el expediente del-
número señalado al margen, abierto en contra del-
menor AGUSTIN CASTILLO VAZQUEZ, a quien se señala
como responsable del delito de ROBO.

A T E N T A M E N T E .

Fuebla, Pue., 18 de agosto de 1952.

EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL FEDERAL
PARA MENORES EN EL EDO., F.M.D.L.:


LIC. ENOCH ESCOBAR NAVARRO.